

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL

AÑO II
NUM 51

40 Cents.

7 FEBRERO
1926



PINOCHO EN LA ISLA DE LA "CARABA"

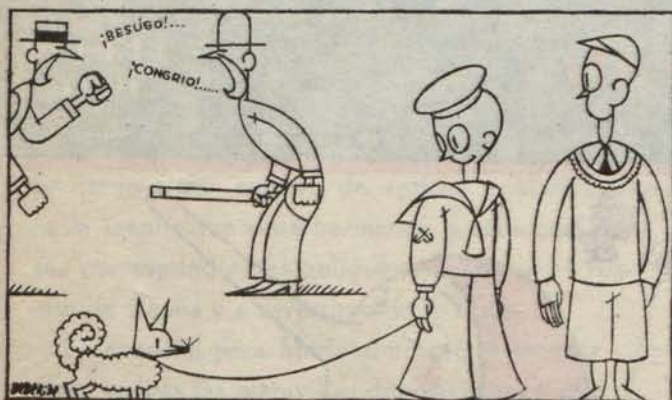
VEASE LA EXPLICACION DE ESTOS DIBUJOS EN LA PAGINA SIGUIENTE

PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.—ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: SAN SEBASTIAN.—ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA, 28. APARTADO 447.—SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 20 PESETAS. OTROS PAÍSES. AÑO 30 PESETAS.



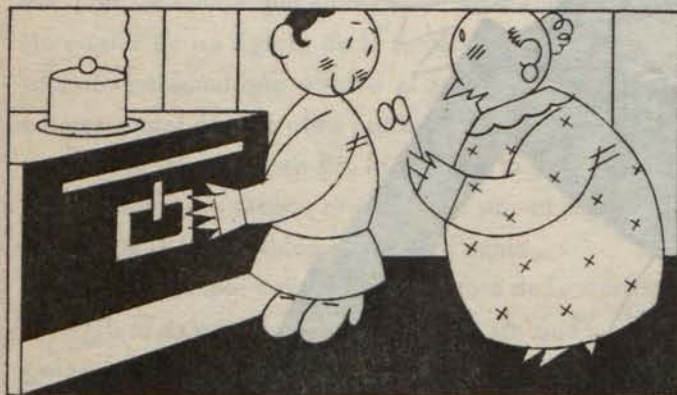
CHISTES



—No hagas caso, Tolín, no regañan; es la nueva moda de palabras cruzadas.



—¡Pues señor, estas zanahorias no crecen!
—¡A ver si las ha plantado usted al revés y están creciendo hacia adentro!



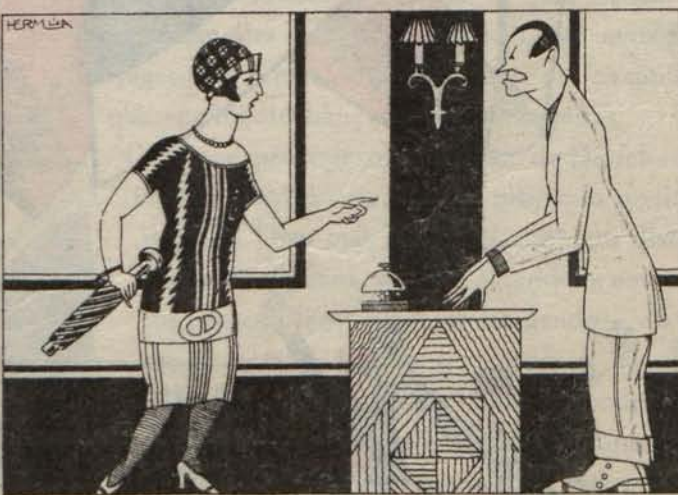
—¿Para qué calienta usted tanta agua?
—No importa, señorita; guardaré la mitad para mañana.



—¿Sabe hablar ya tu hermanito?
—Sí, señor. En cuanto le ponen diez céntimos en la mano dice: «¡Gracias!»



—Pepito, ¿qué haces?
—Nada, mamá. Iba a preguntarte si estos pasteles son de crema.



—Mándeme a casa un timbre de alarma contra los ladrones.
—¡Pero si le mandé ayer uno!
—Sí; pero lo robaron anoche.

EXPLICACIÓN DE LOS DIBUJOS DE LA CUBIERTA

PINOCHO EN LA ISLA DE «LA CARABA»

(Conclusión.)

¿Cuál no sería la sorpresa de nuestro Pinocho al ver un buen día que unos hombres le perseguían dando gritos desaforados de «¡Al loco, al loco!»?

Nuestro muñeco lo comprendió todo. Resultaba que en aquella isla fantástica, donde todo el mundo hacía las cosas más absurdas, a él le tomaban por loco porque no las hacía.

Y ante la amenaza de ser encerrado en un manicomio, cogió su maletín de viaje, y dijo: «Pues, ¿para qué os quiero?», y abandonó para siempre la fantástica isla de «La Caraba».



PINOCHO Y LOS DEPORTES



Nuestros colaboradores.

Juegos al aire libre.

Voy a hablaros, queridos amiguitos (digo amiguitos porque por el mero hecho de que seais lectores de PINOCHO ya es motivo suficiente para que os considere como tales), de varios juegos, más o menos deportivos, que pueden practicarse al aire libre.

En el juego de los bolos existe uno que seguramente no será conocido por vosotros. Estriba sencillamente en marcar en cada bolo, con tiza blanca o tinta, las letras del alfabeto, cuidando de que no se repita ninguna en el mismo bolo. No es tampoco conveniente usar letras poco comunes en nuestro idioma, como la K, Q, X, etc., etc.

Preparados los bolos, se colocan en filas de a tres, separando unos de otros unos quince centímetros, siendo esta misma la distancia que debe mediar entre una y otra fila.

Se toman después las bolas, y desde unos cuatro metros se lanzan en dirección a la formación, procurando derribar los bolos, teniendo en cuenta las letras que están marcadas en los que caen.

El que consiga formar más palabras con menos jugadas, ese será el que venza.

¿No sabéis jugar a las bochas?

El juego de las bochas se juega en un espacio llano, pudiendo tomar parte en él cualquier número de jugadores.

ne la castaña pendiente del cordel, mientras los otros la golpean con las suyas ensartadas.

Si la fuerza del golpe no es suficiente para romperla, entonces le toca atacar al primero, prosiguiendo así el turno hasta que una castaña quede «muerta».

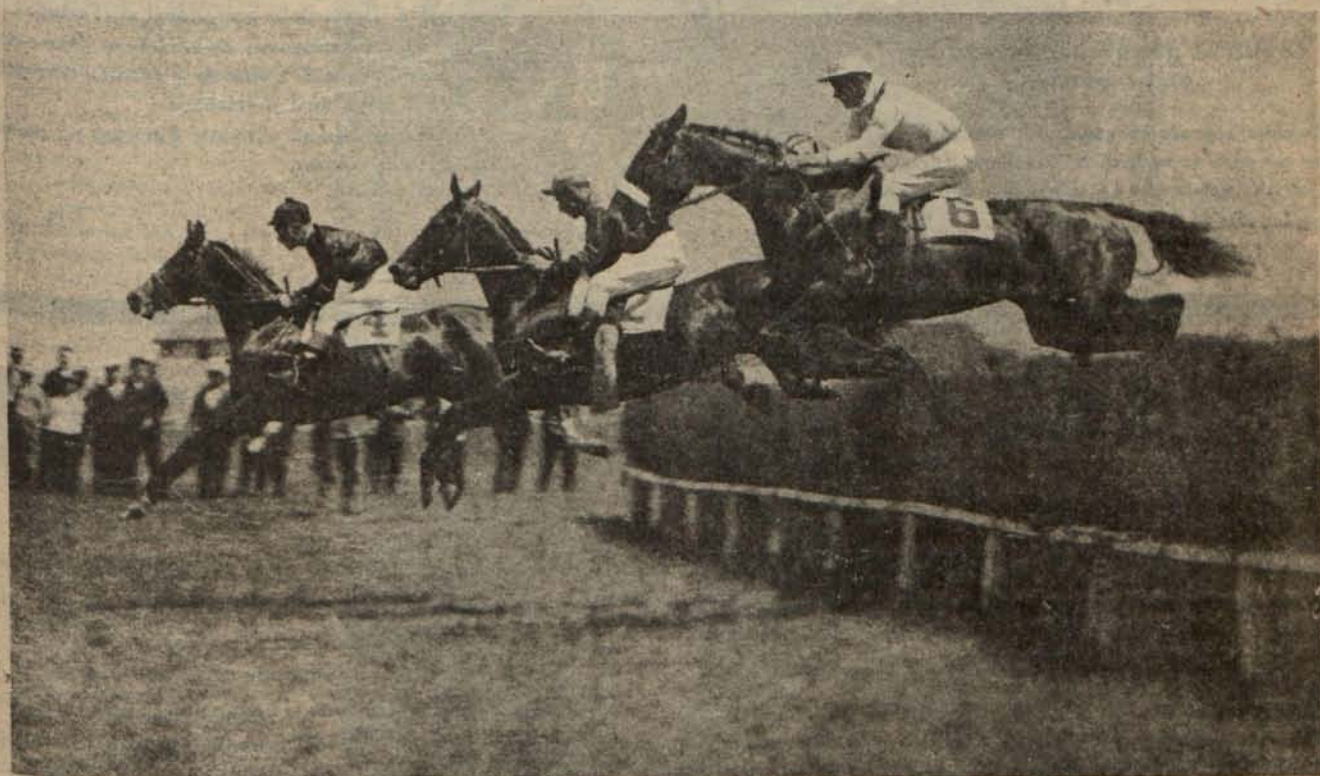
Conviene usar castañas que estén secas y cordeles que no sean demasiado delgados, pues iría, de lo contrario, penetrando en la castaña hasta llegar a partirla.

TELESFORITO CIFUENTES

Buenos Aires.

Pinocho A, 3; Ibera, 1.

Este partido, que resultó muy interesante, se jugó a las nueve de la mañana.



Una carrera de obstáculos.

Se ha celebrado recientemente en Nueva York una carrera hipica de obstáculos. El fotógrafo ha sorprendido este momento que te ofrecemos, lector, en que se marcan la posición de cabalgadura y jinete al terminar un salto de valla. Llamamos la atención de nuestros pequeños lectores para que adviertan cómo a medida que la figura se acerca al suelo se alarga la del caballo y el jinete recoge riendas. —(Foto. MARIN.)

La meta es una bola amarilla, que se coloca en una extremidad del campo.

Los jugadores se colocan en el otro extremo del campo, cada uno con una bocha en la mano.

Estas bochas, que no son otra cosa que grandes bolas de madera, más pesadas de un lado que de otro, de manera que cuando se las tira en dirección a la bola amarilla, no van rodando en línea recta, sino rodando en una línea curva de trayectoria insospechada.

Ganan la partida aquellos jugadores cuya bocha queda más próxima a la meta.

Para jugar a los castañazos hay que hacer un agujero en una castaña, se ensarta en un cordel que tenga un nudo en el extremo para que la castaña no se pueda deslizar. Uno de los jugadores mantie-

«Pinocho A» se acreditó la victoria, fruto de su mayor entendimiento en sus líneas y de una buena línea delantera; el partido fué algo favorable a los pinochistas.

A los diez y siete minutos, Labate centra en forma insuperable; la pelota cayó frente al arco donde S. Ciorciari, que se hallaba a la expectativa, la impulsó levemente, marcando el primer «goal».

Momentos más tarde, S. Zugasti aumenta la ventaja pinochista.

Y así terminó el primer tiempo.

Apenas iniciado el segundo periodo, el mismo Zugasti, luego de hacer una buena cortada, aumenta a tres el haber.

«Ibera» consiguió su único «goal», cuando sólo faltaban dos minutos para que concluyera el partido en buen estilo.

En este partido el jugador Scarabile estuvo notable.



Pinocho, 0; Pequeño Racing, 0.

Se jugaron solamente diez minutos, pues la fuerte lluvia que comenzó a caer no dejó jugar más.

Como lo sabrás, Pinocho, en esa tarde cayó un rayo e hizo quemar vastos tanques de petróleo en Banacas; se perdió dos millones de pesos.

Pinocho B, 3; Celeste Imperio, 0.

En la cancha de los segundos se jugó este partido; «Pinocho» venció en forma un tanto holgada.

Al minuto de juego, Humberto Batiato, mediante un fuerte tiro, marcó el primer «goal». Minutos más tarde el mismo jugador, después de un esfuerzo individual, marca el segundo «goal».

Juan Batiato fué el autor del tercer tanto, mediante un formidable «shot» que el guardavalla contrario ni intentó detener.

Se destacaron: del «Pinocho», los hermanos Batiato, G. Mannetto, Arrelli y Romano, los demás, bien; de los contrarios el mejor fué el arquero, Piedra.

Pinocho formó así: Victorio; Romano Arrelli y Schapira; A. Asenzo, J. Batiato y A. Mannetto; Panza, G. Mannetto, H. Batiato, C. Mazucheli y J. Allegrini.

Crónicas guantanameras y de otras partes.

Roleaux Sagueró ha ganado el título de campeón de peso completo de boxeo, de Cuba, en un «math» celebrado en la Habana. Roqueó al campeón Santiago Esparraguera al primer «round».



Montes, visto por Tomás Gómez.
Talavera de la Reina.

MONTES

Y se harán otros.

Julián Morán, campeón «Welter» de España, roqueó al noveno «round» al cubano Lalo Domingo. Fué una victoria fácil para el español.

Capablanca, campeón mundial de ajedrez, luchará contra Bejlow, campeón de Rusia, el año que viene.

Luis Angel Firpo boxeará en Buenos Aires, en Marzo, contra el campeón de Europa, Emilio Spalla.

Próximamente se inaugurará en Guantánamo un Stadium de boxeo donde boxeará Roleaux Sagueró.

En la Habana se celebró un partido de fútbol infantil para disputarse la copa del «Mundo» entre los clubs «Real Iberia» y «Olimpia Sporting», venciendo el primero por 3 a 0.

Harry Wills boxeará próximamente con Jack Dempsey.

El Pittbury son campeones mundiales de «Basse-Ball».

El «Centro Gallego» y el «Olimpia» marchan a la cabeza del campeonato de fútbol, de Cuba, de primera categoría.

El «Fortuna» fué el campeón del año pasado.

Este año está «fao».

El «Vedado Tennis» resultó campeón de «Basket-Ball» de Cuba.

De «Basse-Ball» profesional el «Fortuna».

El «Almendares», de la Habana (Basse-Ball), ganó la copa *El Diario de la Marina*, derrotando en el juego final al «Habana».

Se hará en el «Atlético Pinocho» un campeonato de ajedrez.

PENALTY.



¿QUÉ QUIERES SABER HOY?



—Vamos a ver, curioso Chonón, ¿qué quieres saber hoy?

—Hoy quisiera saber, amigo buho, si podemos ser despedidos de la tierra.

—No podemos ser despedidos de la tierra. Nos sostiene ésta con su enorme atracción, a la cual contribuye la inmensa masa de atmósfera que envuelve al planeta. Si no existiese esa enorme masa, cualquier objeto que lanzásemos al espacio, una piedra, una bala de cañón o fusil, se perdería en el firmamento, y acaso no volvería nunca.

—Entonces no podemos salir de la tierra, es imposible...

—De todo punto imposible. Imaginate que has tirado a un estanque, con enorme violencia, una pelota de goma. Esta, merced al impulso que le has dado, penetrará en el agua un metro, dos, tres, a lo sumo; pero inmediatamente, empujada por el agua, volverá a la superficie. Pues de la misma forma, cualquier objeto que lances al espacio caerá sobre la tierra empujado por la masa de atmósfera que envuelve a aquélla.

—Pero imaginemos, querido buho, que pudiéramos ser despedidos. ¿A dónde iríamos a parar?

—Vamos a verlo. Imaginate que la tierra cesa en su continua atracción y que de un salto puedes lanzarte por ti mismo al espacio. Comenzarás a vagar por éste a una velocidad relativa, que se irá

aminorando poco a poco, hasta el punto de detenerte en una región fría, y en ella permanecerías por siempre, como colgado en el aire.

—¿Y si el aire cesase también en su resistencia?

—Si además de la fuerza de atracción de la tierra cesase la resistencia del aire, entonces el menor impulso nos remontaría enormemente; y si saliésemos disparados con la misma oportunidad que la bala del cañón de Julio Verne, viajaríamos veloces en dirección de la Luna. Llegado cerca de ésta, seríamos atraídos fuertemente.

—¿Y caeríamos en la Luna?

—Caeríamos, necesariamente, con un impetu formidable, nos estrellaríamos.

—¿Por qué?

—Porque a la Luna no la rodea una masa de atmósfera como a la Tierra, y la caída no estaría suavizada por el aire.

—¿Y podríamos caer al Sol?

—De la misma manera que a la Luna.

—¿También sería peligroso?

—¡Peligrósísimo!

—¿Moriríamos quemados, amigo Chonón?

—Claro, el Sol está ardiendo. Moriríamos quemados y mucho antes de llegar al Sol. Pero no hay que temer nada. No es fácil, es imposible salir de la Tierra.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

(Continuación.)

El doctor comenzaba a inquietarse. Era necesario abandonar aquel hueco y procurar llegar a la entrada del túnel; pero ¿en qué forma? La lava había cubierto ya casi todos los bloques que bien o mal podían haberles servido de puente, y las bóvedas seguían desplomándose a consecuencia de las sacudidas.

Los cuatro desgraciados, acurrucados en el fondo de la pequeña caverna, miraban con ojos aterrizados la marea de lava que subía con espantosa e implacable lentitud.

—¡Doctor! —dijo de pronto Vicente—. Si no nos vamos de aquí, dentro de media hora cubrirá este hueco también la lava.

El señor Bandi no respondió. Se había asomado y observaba atentamente las paredes superiores de la galería, que las violentas sacudidas habían ya destrozado en parte.

—Decidíos, doctor —dijo Vicente—. El peligro nos sigue amenazando.

—Ya he encontrado algo —contestó el señor Bandi.

—¿Qué?

—Quizá podamos escapar de la lava.

—¿De qué modo?

—La pared que tenemos encima de nosotros está agrietada por muchos lados y no creo sea difícil escalarla.

—¿Y adónde llegaremos?

—Por ahora nos limitaremos a subir más alto; después ya veremos el medio de llegar hasta la canoa.

—¿Y las piedras que siguen cayendo?

—Haremos por evitarlas como podamos. Todo lo tenemos que intentar antes que dejarnos asar aquí vivos.

—Estamos dispuestos a seguirlos —dijeron los pescadores.

—¡Pues andando! ¡Valor y sangre fría!

Aprovecharon un instante de calma del volcán y se lanzaron fuera.

El espectáculo era maravilloso a la vez que terrible. Toda la gran caverna estaba llena de fuego; la lava se desbordaba tumultuosamente entre las ruinas de la bóveda, rebasando los bloques y formando un horrible oleaje, mientras de la abertura del abismo nuevas avalanchas de materias incandescentes se precipitaban sobre ella, con terrible velocidad, entre torbellinos de humo y de chispas.

Una claridad intensa, con reflejos sangrientos, se proyectaba en las rocas, tiéndolas de rojo, iluminando de un modo infernal las semidormidas arcadas de la espléndida galería.

El doctor, después de haber bordeado un resalto de la cueva

y de haber trepado por algunos de los bloques que la lava ya rodeaba por completo, se detuvo ante una gran grieta que subía hacia las altas bóvedas formando zig-zag. La pared, que poco antes era lisa y de un solo bloque, había sido despedazada y agrietada por una de aquellas poderosas sacudidas y quedaba alabeada.

Un gran número de piedras se habían ido deslizando por aquella grieta y habían formado en el suelo un gran montón en forma de pirámide, que resultaba bastante accesible.

—¡Seguidme! —dijo el doctor, subiendo sobre aquellas piedras para alcanzar más fácilmente la grieta.

—¡Dejadme paso, doctor! —dijo Vicente—. Yo tengo el pie más firme. ¡Miguel, tú a retaguardia!

Ayudándose uno a otro, agarrándose a los salientes de las rocas, encajando los pies entre las grietas y arrastrándose o bien saltando, iban los cuatro valerosos exploradores ganando camino entre los torbellinos de humo que llenaban las bóvedas de la ga-

lería y las rocas que caían de todas partes con estrépito ensordecedor.

La primera hendidura fué fácilmente salvada. Seguía otra casi en sentido vertical, profunda y llena de piedras que habían caído en ella de lo alto.

El doctor y sus compañeros se tomaron un breve momento de descanso y reanudaron animosamente la peligrosa ascensión.

Las piedras rodaban a veces bajo sus pies, amenazando arrastrarles consigo en su loca carrera y sepultarles en las ardientes lavas que se estrellaban en oleadas contra las paredes; algunas otras, poco firmes, resbalaban al poner en ellas las manos e iban a caer al torrente de fuego, levantando grandes salpicaduras de materias en fusión. De lo alto de las bóvedas seguían desgajándose fragmentos de roca cada vez que los temblores las hacían oscilar o las rompían; pero los cuatro valientes no se amedrantaban.

El mismo temor les servía de acicate: la muerte les amenazaba arriba y abajo y no podían vacilar ni detenerse.

Después de grandísimos esfuerzos llegaron al borde de una especie de cornisa. Al lado de allá se extendían otras rocas, otras hendiduras, quizá también de otras cavernas. Habían evitado el peligro de ser alcanzados por la lava; pero no el de ser aplastados por los desprendimientos de rocas de la bóveda.

—Hay que buscar un refugio —dijo el doctor—. No podemos permanecer aquí entre esta lluvia de bloques.

—Tanto menos, cuanto que esta cornisa puede también desgajarse de un momento a otro —dijo Vicente—. Me parece que no tiene mucha solidez.

—¡Allí veo una abertura! —gritó Miguel.

—¿Será alguna caverna? —preguntó Vicente.

—¡Vamos a ver! —contestó el doctor.

Saltando por entre las rocas medio desprendidas, y ayudándose reciprocamente para no caer en las profundas grietas abiertas en las paredes, llegaron pronto a una estrecha abertura que parecía internarse mucho hacia las entrañas de la tierra.

El doctor, que no había abandonado ni un momento su linterna, se introdujo allí rápidamente y se encontró en una gran excavación de la bóveda, tan baja que no permitía a un hombre estar de pie.

En el fondo de la excavación, el señor Bandi creyó distinguir una estrecha galería; pero por el momento no hizo caso ninguno de ella. Le bastaba con ha-

ber hallado aquel refugio contra la granizada de bloques que seguían cayendo.

—¿Estaremos aquí seguros? —dijo Vicente.

Iba a contestar el doctor cuando una tremenda sacudida, seguida de una detonación espantosa, como el estampido de mil cañones, le dejó sobrecogido. Las paredes se bambolearon de arriba abajo, como si hubiesen sido levantadas por un titán, y se abrieron después con un crujido horrendo, quebrándose unas contra otras.

—¡El terremoto! —gritó el señor Bandi.

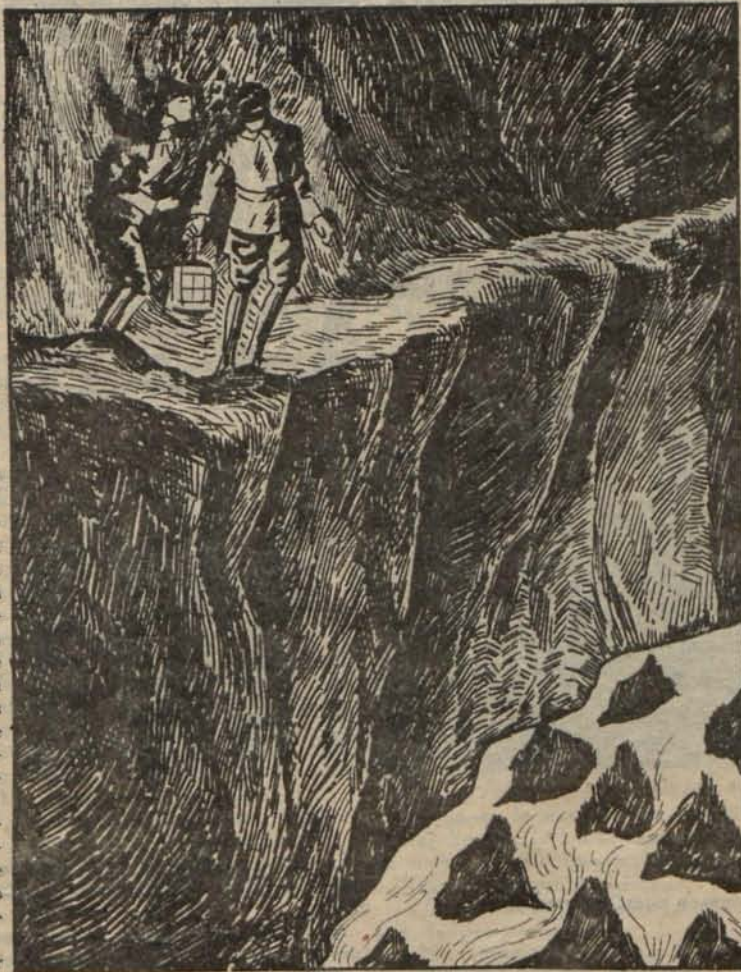
—¡Sálvese el que pueda...! —gritó a su vez Vicente, intentando salir al descubierto.

—¡Quietos todos! —dijo Miguel—. La caverna no ha cedido.

—Pero las lavas suben.

Vicente había salido ya del refugio, pero volvió a entrar en seguida, con las facciones demudadas por el terror:

—¡Estamos perdidos...! —gritó con voz desesperada—. ¡Mirad...!





CAPÍTULO XI

EL TORRENTE DE FUEGO

La tremenda sacudida no logró demoler por completo la galería; pero si las enormes paredes de mármol pudieron resistir aquel formidable cataclismo y mantenerse más o menos derechas, la parte que correspondía al lugar de la entrada se desplomó al mismo tiempo que las bóvedas.

Aquella enorme masa de materiales, acumulándose, había obstruido por completo el camino que conducía al lago, formando un dique insuperable a la lava.

El torrente de lava, medio atajado por aquel horrible derrumbamiento, comenzaba a refluir en dirección al abismo, alzándose gradualmente hacia las bóvedas.

Como estaba el cráter del volcán bastante más alto que el plano de la caverna, era de temer que la lava pudiese llegar al mismo rincón donde se habían refugiado los exploradores antes de verterse sobre el abismo.

El doctor, de una ojeada, comprendió la gravedad de la situación.

—¡Sí, estamos perdidos! —había contestado a Vicente—. Si no hallamos un camino de salida, las corrientes de lava llegarán pronto hasta aquí y nos abrasarán vivos.

—¿Y no podríamos llegar a la desembocadura de la galería?

—dijo Miguel.

—Imposible; está completamente obturada.

—Puede que haya alguna otra boca.

—Pero la cornisa se ha desplomado.

—Además, no tendríamos tiempo suficiente para llegar hasta allí —observó Vicente.

—Pues es preciso dejar este lugar lo antes posible —dijo el señor Bandi—. Puede también faltarnos el aire.

—¿Cómo vamos a salir y por dónde pasaremos?

—Busquemos, Vicente.

—Yo creo, doctor, que ha llegado nuestra última hora.

—No hay que desesperar jamás y... ¡Ah! ¡Acaso...!

En aquel momento recordó aquella especie de galería que había visto en el fondo de la pequeña caverna que le servía de refugio.

—Venid, amigos —dijo.

—¿Habéis encontrado alguna salida? —preguntó Vicente.

—Aún no lo sé; ya veremos.

Se dirigió hacia el fondo de la cueva y se encontró ante un estrecho túnel que se internaba en la tierra y que ascendía con una pendiente rápida. Era imposible saber si tenía alguna comunicación con la gran caverna del lago o si era un simple callejón sin salida. Había, pues, que explorarlo.

—¿Un paso? —dijo Vicente.

—Lo supongo —respondió el doctor.

—¿Tendrá salida?

—En seguida lo sabremos.

—Me parece muy angosto.

—Pero será suficiente para que pasen nuestros cuerpos.

—¿No se oye nada?

—Callaos y escuchemos.

Los tres se inclinaron al suelo y acercaron los oídos a tierra; pero los ruidos del volcán y las explosiones no permitían recoger ningún rumor.

El doctor, sin embargo, creyó percibir una corriente de aire que llegaba del fondo del túnel.

—Voy a cerciorarme —murmuró.

Encendió una cerilla y la elevó todo lo que pudo. Pronto vió que la pequeña llama ondulaba vivamente y se encorbaba en dirección a la galería.

No pudo contener un grito de alegría.

—¡Este túnel tiene salida! —exclamó.

—¿Cómo lo sabéis? —dijeron los tres pescadores.

—¿No veis que la llama se queda inclinada? Es que hay una corriente de aire que viene del otro extremo de este pasaje.

—¿Luego entonces este túnel tiene comunicación con la caverna grande?

—Así lo creo, Vicente.

—¿Pero podremos pasar?

—Si es necesario nos abriremos camino, aunque sea arañando las rocas con las manos. Nuestra salvación está en el interior de este túnel.

—¡Pues vamos! —dijo Vicente resueltamente.

—¿Sigue subiendo la lava? —dijo el doctor a Roberto, que se había asomado a la abertura que daba a la galería.

—Sí, señor —dijo el joven—. La caverna parece un mar de fuego.

—¡Seguidme, amigos, y confiemos en Dios!...

Vicente, que era el más robusto, se introdujo el primero en el túnel, llevando una linterna, y tras él se metieron el doctor, Roberto y Miguel; este último provisto de la otra linterna.

Aquel pasadizo tenía la forma de un embudo y parecía haber sido formado por alguna corriente de lava. Como ya es sabido, esta substancia ardiente se cubre en seguida de una costra, en tanto que bajo ella continúa fluyendo el líquido como aprisionado en un tubo.

El torrente de fuego, habiéndose agotado por cualquier causa, prosiguió su curso, dejando completamente vacío el conducto formado por aquella costra.

Quizá, además de éste, existían otros pasadizos semejantes; pero no era cosa de ponerse a buscarlos. A los cuatro exploradores les bastaba con haber descubierto aquel que estaban recorriendo.

Mientras avanzaban arrastrándose como serpientes, pues aquel conducto era sumamente estrecho, las explosiones y los derrumbamientos continuaban en la galería grande, signo evidente de que el volcán no daba muestras de calmarse.

De vez en cuando, el terremoto mostraba deseos de tomar parte en aquella fiesta de Plutón, y entonces sobrevenían frecuentes sacudidas, con gran miedo de los pescadores, que temían que cediesen las paredes porosas de aquel conducto y les dejasen encerrados como topos.

Esto les hacía apresurarse, ansiosos por llegar al suspirado lago, tanto más cuanto que el hambre y la sed les apretaban, pues no habían probado bocado desde hacía diez horas.

Habían avanzado ya una distancia de cerca de trescientos metros, cuando se detuvo Vicente:

—¡Por cien mil merluzas! —dijo con rabia—. Temo que no podamos continuar más adelante.

—¿Se sigue estrechando el conducto?

—Sí, doctor; ya estoy todo desollado y tengo hechos trizas los vestidos.

—Y me parece que también se va apagando tu lámpara.

—Sólo nos faltaba esa desgracia —murmuró el doctor—.

—¿Cómo nos vamos a orientar en la oscuridad?

—¿Tenéis cerillas? —dijo Vicente.

—Yo tengo una caja.

—De algo servirá.

El doctor no contestó; pero se enjugó unas gotas de sudor frío.

—¿Continuamos adelante? —dijo Miguel—. Aquí se asfixia uno.

—Intentémoslo.

Los desgraciados exploradores reanudaron la fatigosa marcha, haciendo esfuerzos sobrehumanos para meterse por aquellas estrechuras.

Aquel tubo —pues casi podía llamarse así— describía grandes curvas y tendía a hacerse más estrecho cada vez. Las paredes desiguales y erizadas de picos, afortunadamente frágiles, hacían más difícil el paso, obligando a Vicente a realizar frecuentes paradas para desembarazar el conducto de aquellos obstáculos.

Andando de rodillas, estirándose a rastras como si fuesen de goma, resoplando y fatigados, los cuatro exploradores consiguieron adelantar otros cincuenta metros. Estaban todos desollados, y sus ropas, a fuerza de tantos roces y esfuerzos, habían quedado en un estado lamentable.

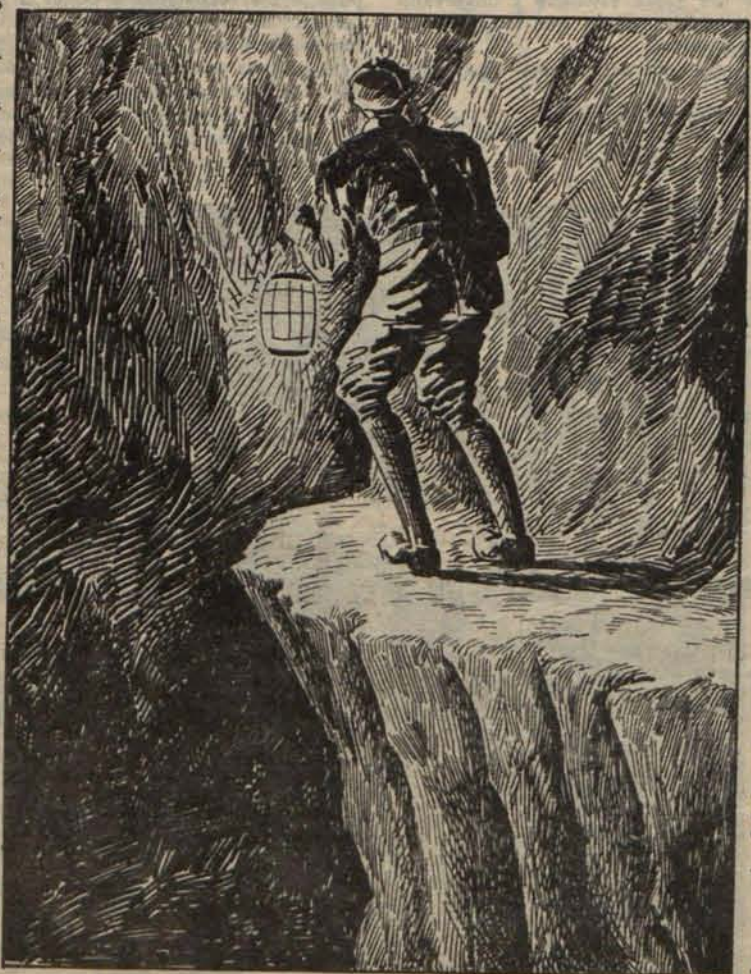
Afortunadamente, pasada aquella última estrechura, se encontraron de improviso ante una celdilla de forma redondeada y paredes lisas.

Parecía una gran ampolla de jabón o de vidrio negro.

—¿Dónde estamos? —dijo Vicente, conteniendo el aliento—.

Cualquiera diría que estoy metido en una enorme damajuana.

—¿No ves ninguna salida? —dijo el doctor—. No es posible que haya tenido aquí su fuente la corriente de lava.



(Continuará en el número próximo.)



EL CALIFA LADRON

CUENTO DE LAS MIL Y UNA NOCHES

(Continuación.)

La juiciosa respuesta de la futura esposa conmovió a Harun Arraxid hasta enternecerlo.

—Princesa, perdóname lo que voy a decirte. Esta mañana, arrebatado por el celo divino y sin tener idea del tesoro que mi buena fortuna me había de proporcionar hoy mismo, hice, en honor del Profeta, el juramento irrevocable, y al mismo tiempo el más solemne, de no casarme hasta que pase un año. Este voto es sagrado; tú estarás de acuerdo conmigo en que debo cumplirlo.

La princesa bajó los ojos e inclinó la cabeza en señal de consentimiento. El Califa se retiró contento por haber hallado en la desconocida mendiga cualidades y encantos que no podía sospechar.

Ha transcurrido un año entero. El día en que se celebraba otra vez la fiesta de Arafá, el Califa, acompañado de Chafar, su gran visir, y de Mesrur, el ejecutor de su justicia, bajó a Bagdad; recorriendo las calles, disfrazados, encontraron que todo estaba en orden.

Al volver a palacio, el Sultán pasó por la tienda de un pastero, en la que se notaba tal aspecto de limpieza, que sintió la curiosidad de examinar la pastelería, dispuesta con abundancia: nada más a propósito para dar gusto a la vista y al oído.

Cuando Harun volvió a sus habitaciones, indicó a uno de sus oficiales el sitio en que estaba la tienda del pastero, y le mandó que fuera a encargar allí cien *cataifs* (1). El oficial cumplió su misión, y así que vio hacer los cien *cataifs*, los envió a palacio. El Sultán, en cuanto los recibió, puso una moneda de oro en cada *cataif*, los cubrió con pistaches, los espolvoreó con azúcar e hizo llevar este regalo a la princesa persa, su esposa, anunciándole además su visita. El criado, portador del mensaje, tenía orden de informarse a la vez si la princesa deseaba alguna cosa en que el Califa pudiese complacerla.

—No necesito de nada, una vez que voy a tener el honor de ver a la persona misma del Califa.

Harun quedó muy satisfecho de la prudencia de esta contestación; pero deseando hacer alguna cosa agradable a su esposa, ordenó a Mesrur que insistiera cerca de ella, para que imaginase algo que el Califa pudiera hacer en su obsequio.

—Puesto que el Califa, mi señor —respondió la princesa— quiere a toda costa que yo le quede obligada, dile que yo querría tener mil dinares y una mujer de confianza que me acompañe por las calles de Bagdad, a donde deseo bajar disfrazada, para repartir limosnas entre los pobres, cuyo número aumentaba ya hace un año.

El Califa sonrió ante tal petición y ordenó satisfacerla en el acto. La princesa y la mujer que la acompañaba recorrieron las calles de Bagdad, repartiendo limosnas por todas partes, hasta que agotaron los mil dinares. Hacía aquel día un calor excesivo; la princesa, al retornar a palacio, se abrasaba de sed; indicó su necesidad de beber a la mujer que iba con ella; ésta vio a un aguador e intentó llamarle. Pero la princesa la detuvo, diciéndole:

—No querría beber en el mismo vaso que usan todos: me da repugnancia.

En éstas llegaban a la puerta de un gran palacio; la dama de compañía, así que estuvo en el dintel de la puerta, que era de madera de sándalo, apercebió a través de una ventana abierta, una araña de oro, colgada en medio del vestíbulo por una cadena del mismo metal; un paño de costura ricamente bordado y que servía de mampara pasaba a los dos lados, y dos bancos de rico mármol, uno a la derecha y otro a la izquierda de la puerta, completaban el mobiliario de aquella pieza.

Después de haber hecho esta revista, la dama de compañía, llamó a la puerta. Abrióse ésta y un joven elegante,

ricamente vestido, se presentó y le preguntó en qué podría servirle.

—¡Señor! —dijo la mujer—. Esta es mi hija; tiene una sed ardiente, pero le repugna beber en el vaso de un aguador de la calle; dale un poco de agua y te quedaremos muy obligadas.

—Al momento seréis satisfechas —contestó el joven.

Y desapareció, volviendo al instante con una copa de oro llena de agua, y se la dió a la mujer; ésta la puso en manos de la princesa, que se volvió de espaldas a la pared para beber, sin que el hombre le pudiera ver la cara. El vaso fué devuelto al joven; la mujer le expresó el reconocimiento de su supuesta hija y el suyo propio, y las dos se retiraron, regresando sin tardar a palacio.

Cuando el Califa dispuso, según hemos dicho, el plato de *cataifs*, había encargado al mismo tiempo que dijeran a la princesa, su esposa, que le enviaba una prenda y un signo de paz. Pero el jefe de los mayordomos portador del regalo, no sabiendo lo que el Sultán había hecho secretamente y la importancia que a tales palabras debía de dar, y no considerándolo, en resumen, sino como una galantería ordinaria, no reprodujo ante la princesa las palabras que le había dicho el Soberano, creyó que, presentando el plato de *cataifs*, lo esencial era anunciar la visita del Califa. La princesa, pensando también sobre lo mismo, hizo colocar los pasteles sobre una mesita de su habitación y no se ocupó para nada de ellos.

A su vuelta, después de repartir limosnas, vió el plato de pasteles y creyó encontrar en él el equivalente del vaso de agua que había recibido; y dirigiéndose a la mujer que la había acompañado, le dijo:

—Lleva al momento, pero como si fuera de tu parte, este plato de pasteles al joven a quien estoy agradecida por el agua y por la conducta fina y atenta que ha tenido con nosotras.

La mujer se apresuró a cumplir el encargo; encontró al mancebo sentado en un banco de su zaguán y le dijo:

—Mi hija y yo estamos muy reconocidas de tu bondad y de tu fineza. Dignate recibir en cambio estos pasteles como una prueba de nuestros buenos sentimientos hacia tu proceder.

—Puesto que así queréis, señora —contestó el joven—, reconocer un servicio tan insignificante, temería molestaros si rechazara vuestro regalo. Podéis dejarlo en ese banco.

Y después de algunas palabras de cumplimiento de una parte y de otra, terminó esta corta entrevista, y la mujer retornó a palacio.

En aquel momento llegó el guarda del barrio a casa del joven, para felicitarlo, según costumbre, con motivo de la fiesta de Arafá; y, al terminar, le pidió su propina.

—Toma este plato de pasteles —le dijo.

El guarda lo aceptó reconocido, besó la mano de su bienhechor y volvió a su casa muy contento con el regalo. Su mujer, al verlo entrar con aquel plato tan grande, tan brillante, le preguntó alarmada:

—¿De dónde has sacado ese plato? ¿Se te ha ocurrido la mala idea de robarlo?

—No, mujer, no —respondió—. El Háchib, el primer oficial de la Cámara del Califa, acaba de regalármelo. ¡Dios le conserve la vida! Comamos pasteles hasta hartarnos; son cosa rica.

—¡Goloso! —exclamó la mujer—. ¿Te atreverías a comer manjares de tal precio? Anda a venderlos juntamente con el plato. Estos bocados no se han hecho para gentes pobres como nosotros. Con el dinero que saques de ellos podremos comprar una gran cantidad de provisiones más útiles para nuestra familia.

—¡Mujer, mujer! —gritó el guarda indignado—. Dios nos ha enviado estos pasteles, y quiero comerlos.

—¡Tú no los catarás! —respondió la mujer—. Tu hijo no tiene ni gorro ni sandalias; yo estoy casi desnuda, y tus vestidos son un puro remiendo. Anda, anda, vende ahora

(1) Pastiles.

mismo el plato entero, sin quitarle nada, y te darán por él algunos cuartos.

El guarda no pudo resistir a su mujer. Con fuerte pena fué al mercado y dió el plato al pregonero público. Un comerciante lo compró en un precio regular, pagó el sueldo al pregonero y se llevó su compra. Pero conforme iba hacia su casa miró su adquisición y vió el nombre de Harun Arraxid escrito alrededor del plato. Sin perder un minuto, volvió sobre sus pasos, llegó al mercado y se reunió con el pregonero.

—Toma, toma tu plato! —le dijo—. ¿Quieres perderme y exponerme a la sospecha de haber robado la vajilla del Califa?

El pregonero comprobó la exactitud de lo que el comerciante decía. Leyó los caracteres grabados sobre el borde del plato, y, asombrado extraordinariamente, volando más que corriendo, fué al palacio, pidió ser presentado al Sultán, y, así que estuvo en su presencia le enseñó los pasteles y la fuente en que estaban colocados.

Harun reconoció al momento el plato que él mismo había preparado para enviárselo a la princesa. Aquel gran hombre tenía el defecto de dar extraordinaria importancia a todo lo que hacía. Arreglando los pasteles había creído proporcionar a su esposa una agradable sorpresa. El haber desbaratado este plan de galantería desagradó profundamente a la cabeza soberana que lo había formado. Pasado un momento pensó que se había despreciado, que se había tenido en poco un regalo que venía directamente de él, a pesar de haber encargado al mayordomo de decir su procedencia. Entonces se encolerizó contra la princesa persa.

—Hablad —dijo al pregonero, fingiendo buen humor—. ¿Quiénes os ha dado este plato de pasteles?

—¡Oh, Príncipe de los Creyentes! —contestó el pregonero—. El guarda de tal barrio de la ciudad me los ha entregado para venderlos.

El Califa ordenó que llevaran al guarda a su presencia, con la cabeza y los pies desnudos y encadenado. El hombre fué apresado y conducido con tal rigor ante el Soberano. El infeliz, al verse en situación tan deplorable por causa del plato de pasteles, murmuraba imprecaciones contra su mujer: «¡Maldita criatura la mujer —decía—, hecha para traicionar al hombre, aun en los casos en que quiere servirlo! ¡No, no te debe creer, ni siquiera cuando pareces aconsejar que se haga bien! Si me hubieses dejado comerme los pasteles, no me hubiera sucedido nada desagradable; pero tú querías pasar por económica, pretendías dárteles de mujer de gobierno... Tu igual perdió al primer hombre; tu igual no cesará de hacer otro tanto hasta que haya pasado el día del Juicio. Aquí me tienes expuesto al enojo del Príncipe de toda la tierra; ven, ven ahora a darme un consejo que sea capaz de sacarme del peligro en que estoy, si es que puede salir algo bueno de la boca que ha mentido siempre.»

El Califa interrumpió el sordo murmullo de tales imprecaciones, preguntando al guarda quién le había entregado el plato de pasteles.

—¡Habla, desgraciado! —decía Harun, con rabia—. Dí la verdad, si quieres evitar la muerte.

—¡Oh, Príncipe de los Creyentes! —exclamó el guarda, temblando—. ¡Suspenda vuestra alteza los efectos de su enojo y no los deje caer sobre un desgraciado inocente! Ha sido el Hachib-Chemaleddin, vuestro ministro, quien me ha dado el plato y los pasteles, como aguinaldo.

Al oír el nombre Chemaleddin, pareció redoblarse la cólera del Califa, y ordenó que este funcionario fuera conducido a su presencia con la cabeza y los pies desnudos, con las manos atadas, con la tela de su turbante rodeada al cuello; esto último quería decir que la casa de este oficial debía ser arrasada; sus muebles y sus bienes, confiscados.

Los encargados de ejecutar tal orden se fueron a casa del Hachib, rodearon el palacio y llamaron a la puerta; el mismo Chemaleddin salió a abrirles, y con gran asombro se enteró de la rigurosa orden del Califa; ni siquiera le dijeron el motivo de tratarlo así; la sumisión más completa a las órdenes del Soberano fué su primer movimiento.

—Obedece —dijo— a Dios y al Príncipe de los fieles, su representante en la tierra.

Uno de los oficiales puso la mano en el turbante del Hachib y le rodeó al cuello la tela.

—¿Me tratas así —preguntó Chemaleddin— por orden de mi Soberano?

—Sí —respondió el oficial—; debo confiscar tus bienes y arrasar tu casa; he de conducirte encadenado, con la cabeza y los pies desnudos; de buena gana yo no ejecutaría tales órdenes con todo su rigor, porque me acuerdo con reconocimiento del bien que tú, señor, nos has hecho y de que siempre tu casa ha estado abierta para nosotros.

—Puesto que así estás dispuesto en mi favor —contestó el Hachib—, al destruir mi casa, deja un asilo a mi madre, cargada de años, y a mi hermana.

Chemaleddin fué conducido ante el Califa, y prosternado a sus pies, le dijo:

—¡Que Dios colme de honor al árbitro de sus voluntades en la tierra! ¡Oh sabio y justo Harun Arraxid! ¿En qué ha podido faltarte tu más sumiso esclavo, para merecer de ti un castigo tan severo?

—¿Conoces —le preguntó el Califa, señalando al guarda— a ese hombre que está junto a ti encadenado?

—Sí —contestó Chemaleddin tranquilamente; es el guarda de nuestro barrio.

—¿Conoces este plato? —prosiguió diciendo Harun—. ¿Quién te lo ha entregado? ¿Por qué lo has despreciado desdenosamente, dándolo por aguinaldos al más vil de mis esclavos?

—¡Oh, poderoso, señor! —contestó Chemaleddin—. Ten la bondad de escucharme. Estaba yo en mi casa y de pronto he oído llamar a la puerta; yo mismo he salido a abrir y me he encontrado con una mujer de edad, con quien iba una señora, y me ha dicho: «Aquella es mi hija; se muere de sed y no quiere beber en el vaso de un aguador; hazme el favor de darle un poco de agua». Yo he entrado a mi casa y le he sacado una copa llena; la vieja se la ha dado a la otra, que ha bebido, y se han marchado las dos. Yo me he quedado sentado un rato al fresco en un asiento en el zaguán de mi casa, y he visto venir a la misma mujer, que traía este plato de pasteles que me has mostrado. «Hijo mío —me ha dicho— la señora a quien con tanta galantería has dado agua, te da las gracias por este servicio y te suplica que aceptes esta pequeña muestra de su reconocimiento». Ha dejado el plato en el asiento frente al que yo ocupaba y ha desaparecido. Poco después el guarda del barrio ha venido a felicitar me por la fiesta de Arafá, pidiéndome el aguinaldo acostumbrado; yo le he dado algunas monedas y este plato al cual no había tocado. Esto es, Príncipe de los Creyentes, todo lo que ha sucedido.

El Califa, durante este relato, sintió el despecho natural en un hombre de su elevada jerarquía. «Una mujer —se decía para sus adentros— a quien yo he sacado del polvo, da a un desconocido cien pasteles, aderezados con oro, con pistaches, con azúcar y por mi propia mano, para pagarle un vaso de agua... Ha tenido razón ella al pretender que se sacrificase para su dote la renta de dos provincias. Yo le envío un signo de amor, una prenda de estimación; ella hubiese sido capaz de dárselo al aguador de la calle, si no le hubiera causado repugnancia beber en su vaso. ¡Esta es la estima en que tiene la nieta del rey Cosroes los regalos que de corazón le hacía Harun Arraxid! Mas veamos hasta donde habrá llevado la princesa su olvido de mí y de ella misma». Y dirigiéndose al Hachib, con un tono alterado y atarrazador, le dijo Chemaleddin, ¿has visto el rostro de la mujer a quien has dado de beber?

—Sí —respondió el Hachib, turbado y sin saber lo que decía.

Ante esta confesión, tan falsa como involuntaria, la rabia se juntó al despecho en el corazón del Califa. Ordenó que se trajera sin tardar a la princesa persa y que se le cortase la cabeza, lo mismo que a Chemaleddin.

La nieta de Cosroes compareció, y el Califa le dijo:

—Bajo el pretexto de solazarte dando limosnas a los pobres y a los menesterosos has recorrido la ciudad, y has sido para hacer que te vea la cara este hombre.

La princesa miró a Chemaleddin y le preguntó rápidamente:

—¿Me has visto tú la cara? ¿Conoces tú al autor de la impostura que a los dos nos va a costar la cabeza?

—Perdóname, señora —le dijo el infeliz—; he sido yo mismo; mis labios la han pronunciado sin quererlo mi corazón y mi entendimiento. Acusa a la fatalidad, a la desgracia de nuestro destino, que me han obligado a decir una falsedad que mi alma desaprueba.

Esta explicación en nada cambió la orden que había dado el Califa. El verdugo vendió los ojos a los supuestos culpables, y luego preguntó a Harun:

—¡Príncipe de los Creyentes! ¿Se puede ya dar el golpe?

—¡Dalo! —contestó el Califa.

El verdugo dió una vuelta o dos alrededor de los condenados, haciendo siempre la misma pregunta al Califa, y recibiendo de él la misma respuesta. Después de la tercera, se dirigió a Chemaleddin y le preguntó:

—¿Tienes que decir al Sultán alguna cosa antes de morir? Aprovechate del único momento en que te es permitido hablar; ten presente que has perdido toda esperanza de vivir.

—Quítame —dijo Chemaleddin al verdugo— la venda que me has puesto en los ojos; quiero ver a mis parientes y amigos.

El Hachib, así que tuvo la vista libre, miró a todos lados y vió que nadie, absolutamente nadie, se atrevía a manifestar interés por él: tanto respeto infundía el Califa. Un lúgubre silencio reinaba en la habitación. Aprovechándose de él, Chemaleddin gritó:

(Continuará en el número próximo.)

LA MAGA DEL VIENTO

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES

Pues, señor, estos eran unos labradores que tenían una niña rubia que se llamaba Mariquita. Vivían en una casita cerca del bosque. La casita tenía un huerto, y el huerto los tomates más colorados y los más blancos almendros del contorno.

Una tarde de primavera salió Mariquita al huerto con una cesta al brazo para coger tomates. Cuando más entretenida estaba en su faena, vino una mariposa azul y, tomando a la niña por una flor, se detuvo entre sus manos. No bien hubo hecho Mariquita el ademán de cogerla, cuando la mariposa echó a volar. Entonces empezó a correr detrás de la mariposa. Y la mariposa volando, y la niña corriendo, atravesaron el huer-

—¿Por qué lloras? —preguntó a Mariquita.

—Porque me he perdido en el bosque y esta noche me comerán los lobos.

—Pues yo te llevaré a mi casa, y allí no te comerán.

Mariquita vió con esto el cielo abierto, y, sin atreverse a preguntar más, siguió al enano, que la condujo a través de lo más espeso del bosque, cada vez más oscuro.

Las hojas secas crujían bajo las babuchas del enano, que al andar hacían «chap», «chap». Mariquita, muerta de cansancio, preguntaba siempre lo mismo:

—Buen enano, ¿falta mucho?



to, y después la pradera, y después el valle, hasta que llegaron al corazón del bosque.

Allí la niña se cayó, rendida de cansancio, al pie de un árbol enorme y viejo, en cuyas ramas oscuras graznaba un pájaro muy grande, muy grande.

Viendo que se había perdido, que la noche se venía encima y que la comerían los lobos, Mariquita se puso a llorar. Entonces oyó un ruido extraño, y cuando se quitó las manos de los ojos vió delante de ella a un enano que no levantaba un palmo del suelo. Tenía una barba rala y amarilla que le llegaba hasta los pies, calzados con unas babuchas muy largas, con las puntas retorcidas. Vestía de negro, y su gorro, en lugar de ser puntiagudo como el de casi todos los enanos, tenía dos orejitas encarnadas.

—No —decía el enano—. ¿Ves aquella montaña azul? Pues ahí es donde yo vivo.

Al fin empezaron a subir la montaña. El enano se detuvo delante de una piedra y, sacando un pincho del bolsillo, la levantó y empezó a descender unas escaleras, hasta que llegaron a una cueva sin más luz que la que entraba por un agujero que daba al exterior de la montaña.

—Bien —dijo el enano con voz cavernosa—. Desde ahora esta va ser tu vivienda.

La niña se echó a llorar.

—Tengo —siguió el enano— una gruta de marfil, otra de brillantes, otra de rubíes; cofres de oro y plata y piedras preciosas. Pero nada de estos tesoros será para ti. Tú no saldrás de la cueva; guardarás la entra-



da del subterráneo, y si alguien penetrara en mi ausencia..., ¡guay de tí!, lo pagarías con la vida. Por lo pronto, ya puedes irme dando esa cadena que llevas al cuello; a cambio te daré una escoba, porque ya sabes que también me tienes que barrer el cuarto y hacer la cama.

El enano salió de la cueva dando un portazo, y Mariquita siguió llorando.

Ya era completamente de noche, y por el agujero de la cueva no se veía más que una estrella. Entonces la niña empezó a cantar para quitarse el miedo:

—¡Mambrú se fue a la guerra,
mironcón, mironcón, mironde la!...

Y cantando se quedó dormida sobre un montón de paja.

A media noche la despertó un ruido extraño. Entreabrió un ojo y vio una lucecita en el suelo, y al lado de la lucecita dos enanos contando un puñado de monedas de oro. Uno de ellos era el de la víspera.

—Me parece —le decía al otro— que esta tampoco me va a servir de guardiana. Tendremos que comérmola como a las otras. Mañana, cuando se ponga el sol, encenderás una buena fogata y la pondremos en pepitoria.

Los enanos se retiraron y Mariquita no pudo pegar un ojo en toda la noche.

Al amanecer se levantó. Por el agujero entraba un rayo de luz, y con el rayo de luz entró un pájaro que habló así:

—Buenos días. Yo soy el águila que estaba en la encina cuando te llevó el mal enano. Has caído en poder del duende más perverso que existe. Todos los tesoros que tiene han sido acumulados a fuerza de rapina. Si quieres, yo te salvaré.

Y como Mariquita no quería otra cosa, el águila la cogió con el pico y, sacándola por el agujero, se la llevó volando. Hasta que por fin llegaron a la encina donde el pájaro vivía.

—Lo malo es que de aquí no puedo pasar —dijo el águila—, porque si no, se enfadarían las hadas del bosque. Ahora vete andando por ese camino y encontrarás una casita verde, a cuya puerta llamarás.

Cuando Mariquita llegó a la casa llamó: «Joc loc», y abrió la puerta una viejecita.

—¿Podría pasar aquí la noche, señora? —preguntó la niña.

—No tengo más que una cama —dijo la viejecita.

—Dormiré en un rincón.

—Tampoco puedo darte de comer, porque no tengo nada.

Entonces Mariquita, tendiéndole un pedazo de pan que tenía olvidado en el bolsillo, dijo:

—Cómaselo usted, buena mujer, que yo no tengo hambre.

La vieja se lo comió con avidez, y cerrando la puerta, le señaló un rincón:

—Ahí puedes dormir.

Mariquita se durmió, y al día siguiente se levantó temprano, hizo la cama de la viejecita y barrió la casa.

Entonces habló la vieja:

—Eres una niña buena y quiero premiarte.

Y así diciendo, sacó una varita de la faltriquera y le golpeó en un hombro:

—Ahora mirate en el agua de ese barreño.

Mariquita se asomó al barreño y vio que tenía puesto un vestido de plata y una corona de rosas en la cabeza.

—Soy la Maga del Viento —explicó la viejecita—, y de un soplo te enviaré hasta esa nube rosa que ves a lo lejos y que te llevará a un lugar muy bonito.

Y de pronto Mariquita se encontró caminando en el aire sobre una nube. Y volando, volando, llegaron hasta un palacio maravilloso, todo de porcelana, tan azul como los ojos del príncipe rubio que, rodeado de su séquito, contemplaba los cisnes del lago.

Y sin saber cómo, la niña empezó a bajar entre una lluvia de líquidos diamantes.

El príncipe rubio tenía un traje de oro con acuchillados de terciopelo.

Al encontrarse los dos tan guapos no pudieron reprimir una exclamación.

—Serás la reina de mi palacio —dijo el príncipe.

—Bueno —contestó Mariquita—; pero antes quiero ver a mis papás.

Entonces montaron en una carroza dorada y fueron a buscar a los pobres labradores, que desde aquel día se instalaron en el palacio de porcelana, donde poco después se casaba Mariquita con el príncipe de los lagos maravillosos.

ALMENDRITA.





COLORÍN Y SU PANDILLA





DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

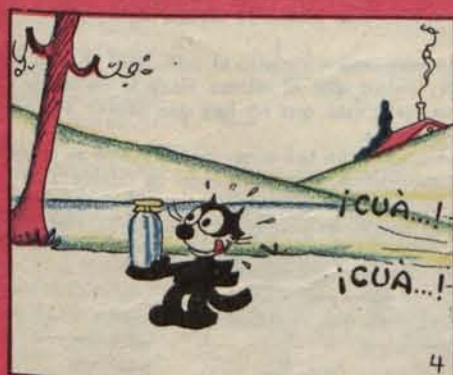




DACO MORRONGUAS, EL GATO TRAVIESO.



¡CHUFLA, CHUFLA, QUE LO QUE ES ESTA VEZ, COMO NO ATROPELLES A UN GUARDIA DE LA PORRA.....!



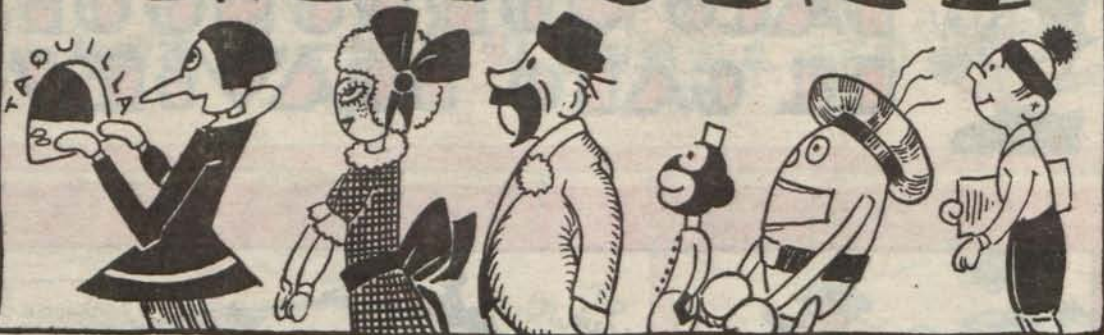
PROGRAMA
PARA HOY

EL

PROFESOR
DESAPARECIDO

¡Sensacional!

GRAN CINE



El rapto.

Sam Groves, el cartero, interrumpió la tarea que estaba haciendo de desocupar el buzón del correo para el reparto de media noche y miró hacia la casona vieja que todos conocían con el nombre de *Los Laureles*, y que estaba situada enfrente de la Administración de Correos. La casa estaba completamente a oscuras. Sólo en una ventana del piso bajo se veía luz, y a través de la cortina blanca que la cubría se divisaba la figura de un hombre encorvado sobre su mesa de trabajo.

Sam meneó la cabeza murmurando:

—¡Ya está ahí el profesor! ¡El día menos pensado vuela con uno de sus experimentos! ¡Valiente viejo extravagante!

El cartero cerró la puerta del buzón y se echó el saco de la correspondencia al hombro. Al mirar de nuevo hacia la casa, la ventana estaba ya a oscuras.

—Se conoce que el viejo se ha ido para la cama. Le alabo el gusto, porque es muy tarde.

No había andado dos pasos cuando una terrorífica explosión rasgó los aires. De *Los Laureles* salió una llamarada y volaron por los aires ladrillos, piedras y una porción de pedazos de madera.

—¡Vaya! ¡Ya ha sucedido lo que temíamos! —exclamó el cartero—. ¡El profesor ha volado!

Y Sam corrió a avisar a los bomberos desde el teléfono más próximo. Para ello metióse por una bocacalle, pero vió con satisfacción que venía un automóvil a toda velocidad.

—¡Eh! ¡Pare, pare! —gritó deteniéndose en medio de la calle con los brazos levantados.

El coche se detuvo rechinando los frenos.

—¿Qué pasa? —preguntó el que conducía.

—¡Vayan, por Dios, a buscar a los bomberos! ¡Acaba de haber una explosión en casa del profesor Bentley!

—¿En casa del profesor Bentley? ¿En *Los Laureles*, dice usted?

—Sí, señor.

El que conducía el automóvil le dijo al que iba a su lado.

—Toma tú el volante, Bob, y vete a buscar la brigada de bomberos; es decir, si es que no han ido ya para allá —dijo Paddy O'Darrell, que no era otro el del automóvil—. Yo iré directamente para la casa.

—Está bien, jefe. ¡Qué casualidad que sea precisamente la casa a donde nosotros íbamos.

El detective saltó fuera del automóvil y en su lugar se metió el cartero, que dijo guiaría él a Bob al Parque de Bomberos. El muchacho dió vuelta al automóvil, pero en aquel momento apareció por la esquina el camión del Servicio de Bomberos, pues la explosión había sido bastante fuerte para que la oyeran desde el Parque.

Entretanto, Paddy, que iba corriendo, llegó a *Los Laureles*. Del edificio salían por todos sitios lenguas de fuego, y parecía como si fuera a desplomarse entero. Pero el detective no pensaba en los daños materiales, sino que tenía todo su pensamiento puesto en el profesor, su último cliente, quien, según el testimonio del cartero, hallábase dentro de casa. En la finca entró corriendo un policía, y al mismo tiempo se oyó ya la campana del Servicio de Incendios. Paddy pasó por la puerta del jardín y se dirigió a la casa. No había modo de entrar en ella ni por la puerta ni por las ventanas; pero tenía un balcón de piedra sostenido por columnas en la puerta principal, y Paddy, ni corto ni perezoso, trepó por una de ellas.

Al llegar a la balaustrada del balcón otra horrible explosión salió de la casa. Desfizose en fragmentos la mayor parte del balcón, y Paddy fué derribado al suelo.

—Es inútil que intente usted entrar, caballero. Si el profesor está todavía dentro de la casa, es de suponer que a estas horas ya será cadáver.

El detective se puso en pie y miró hacia el edificio. Este ardía por los cuatro costados; pero los bomberos aplicaron rápidamente las bombas, echando una gran masa de agua sobre las llamas hasta lograr reducir las.

—Vaya una manera extraña de terminar nuestra jornada de hoy, jefe —dijo Bob, que llegaba entonces trayendo consigo un hermoso perro.

—Sobre todo muy misterioso —replicó Paddy—. Esto tal vez haya sido un accidente; pero mucho me temo que no.

—¡Oh, sí, señor! ¡Claro que ha sido un accidente! —interrumpió el policía—. Por aquí todos conocemos al profesor y sabemos que no permite que nadie entre en su casa, donde siempre andaba manipulando con sus peligrosos experimentos de química.

—Quizá tenga usted razón; pero lo que puedo decirle es que yo soy detective y que el profesor me había mandado llamar para que viniese inmediatamente a verle, lo que demuestra que algo le pasaba o que tenía motivos para temer que le pasara. Y esas explosiones bien pueden haber sido efecto de alguna mala jugada que le hayan hecho.

—Creo que se equivoca usted —insistió el policía—. Todos los habitantes de Maybury saben que él mismo tiene la culpa de su muerte... Porque claro está que no hay que contar con que haya escapado con vida.

Los bomberos trabajaron tan bien, que el fuego se sofocó rápidamente, y pudieron entrar forzando la puerta principal.

Varias de las habitaciones estaban completamente destruidas, y el laboratorio del profesor había quedado reducido a cenizas, y por toda la casa se expandía un olor muy extraño, así como si hubieran derramado algún compuesto químico; pero por más que registraron de arriba abajo no encontraron al profesor.

Paddy, después de inspeccionar la casa, fué al jardín, y vió que estaba casi todo él removido por la parte de atrás, como si hubieran estado cavando. Enteróse por el oficial de los bomberos de que el profesor solía cavar para hacer ejercicio, lo que explicaba el tosco estado en que se encontraba el terreno. El detective encendió la lámpara eléctrica y alumbró con ella el camino que iba hasta la casa pegado a la pared. Por él llegaron hasta la casa de servicio; notando Paddy que el peldaño para subir a la puerta estaba manchado de tierra reciente.

—Esta tierra no lleva aquí más de media hora —murmuró. —Pues no puede haber sido el profesor quien lo dejó aquí, porque saliendo de su casa no era fácil que llevase los zapatos manchados de tierra —observó Bob. —Indudablemente es que ha recibido alguna visita —añadió Paddy—. Vamos a ver si por las huellas podemos descubrir el rumbo que tomó ese visitante nocturno.

Efectivamente: no tardaron en encontrar pisadas por el camino; y al llegar al sitio donde el terreno estaba removido, vieron claramente que las huellas eran de dos pares de pies. Fueron siguiéndolas a través del jardín, y pudieron ver que las de uno de ellos había saltado por una puerta que daba a una callejuela. Paddy abrió los barrotes de la puerta, y una extraña sonrisa iluminó su rostro. El y Bob treparon a la puerta para pasarla, y Triller la franqueó de un salto. Las huellas de los pies seguían por la calleja abajo, y el detective llamó la atención de Triller hacia ellas.





—¡Ala, Trailer! ¡Búscalo! ¡Búscalo!

—Bob, tú vuélvete a buscar el automóvil y sigue al perro en él, porque no sabemos cuándo terminará esta caza.

—Está bien, jefe —respondió Bob, internándose hacia la oscuridad de la casa.

Trailer iba sin vacilar. El detective corría pacientemente detrás de su ayudante canino, parándose de cuando en cuando a examinar las pisadas para ver si eran las mismas. De todas ellas salía el mismo olor extraño, y otra vez aquella sonrisa se reflejó en la cara del detective.

Bob corre peligro.

Al poco rato, oyó Paddy al automóvil que venía detrás de él. En aquel momento Trailer se detuvo, y después de olfatear al aire dió un ladrido y miró para su amo.

—¿Has perdido la pista, Trailer? —preguntó éste, posando los ojos sobre las marcas de un automóvil hechas recientemente en la carretera; un automóvil que indudablemente había estado allí parado. El detective vió claramente las marcas de los neumáticos, pues como había llovido al oscurecer, las carreteras estaban muy pegajosas y los neumáticos quedaban grabados en el terreno con toda claridad.

El coche de Paddy llevaba en la parte de delante un faro muy potente para casos como este; faro que Paddy enfocó hacia abajo para ver bien la carretera; luego, saltando dentro del automóvil, dijo a Bob que lo llevara sobre las mismas marcas de los neumáticos que se veían divinamente con la luz del foco. Bob, ayudado de éste, pudo seguirlos fácilmente y así anduvieron varios kilómetros por aquella carretera desierta. Por fin las marcas de los neumáticos se metían por un camino secundario e iban hasta la puerta de una finca. Al llegar a ella, Paddy apagó el foco y le dijo a Bob que dejase el coche en el césped al lado del camino y que parase el motor. Hecho esto entraron en la finca y echaron a andar por un paseo de coches, por el cual llegaron hasta la casa que permanecía en la sombra, sin que se divisase ninguna luz en las ventanas.

Sin embargo, delante de la puerta principal estaba parado un coche.

Paddy metió la cabeza dentro de él y el mismo olor de antes le hizo sonreír.

—Hay que intentar por todos los medios entrar en esta casa —murmuró por lo bajo, mirando al edificio que parecía tan silencioso—. No conviene llamar la atención ni meter ruido, para que los que están dentro no sospechen que se les persigue. Tú mira a ver si puedes entrar y yo voy a hacer lo mismo; pero me parece que las ventanas bajas no nos van a servir de nada porque tienen rejas de hierro.

Paddy y Bob separáronse, rondando ambos alrededor de la casa y buscando un modo de introducirse en ella. Bob notó que por una de las paredes trepaba una espesa hiedra y que en el primer piso había una ventana por la que no parecía difícil entrar. El muchacho se agarró a la hiedra y empezó a trepar por ella, deteniéndose de vez en cuando a ver si oía algo. Al llegar al antepecho de la ventana, como no estaba cerrada por dentro, pudo abrirla y metió la cabeza por ella en espera de algún ruido. Como no oyera nada saltó dentro y encontróse en un pasillo que estaba completamente a oscuras, pero no se atrevió a encender la lámpara eléctrica y fué andando a tientas hasta que tropezó con el pasamanos de la escalera.

El muchacho empezó a bajarlas todo lo silenciosamente que pudo; pero no consiguió impedir que las tablas, que eran viejas, crujiesen. Una vez en el piso bajo echó a andar por el hall tocando las paredes con las manos para guiarse, y así llegó hasta una puerta que estaba abierta; entró y permaneció un momento allí dentro escuchando. De golpe la puerta se cerró dando un portazo. Bob volvió la cabeza asustado. ¿Quién había cerrado la puerta? Porque no hacía viento alguno, y Bob sospechaba que en la casa no había nadie más que...

De repente encendiéronse unas luces eléctricas tan potentes que Bob quedó medio ofuscado por la claridad; en seguida distinguió la figura de un hombre que estaba de pie junto a una mesa llena de papeles y varios frascos verdes que contenían líquidos.

Un ligero ruido le hizo volver la cabeza. De pie con la espalda vuelta a la puerta estaba otro hombre que sonreía astutamente.

¡Bob había caído en una trampa!

—Vamos a ver joven, ¿qué desea usted aquí?

—Quiero averiguar que es lo que han hecho ustedes en casa del profesor —contestó Bob con desenfado.

—¡Sujeta a este espía, Carlos! —exclamó dirigiéndose al otro—, porque sabe demasiado.

Los dos hombres se precipitaron sobre Bob, uno por detrás y otro por delante. El muchacho quedóse quieto hasta que los otros estuvieron casi encima de él y entonces se tiró al suelo. Los dos hombres chocaron uno contra otro dándose tan fuerte golpe, que Bob no pudo por menos de reírse; esta risa puso más furiosos aún a los hombres, y se volvieron para echarse de nuevo sobre él; pero el afortunado muchacho era demasiado rápido y poniéndose detrás de la mesa los burló. Después cogió una silla y la tiró con toda su fuerza a las piernas de Carlos. Este cayó sobre ella e interceptó el paso a su compañero que cayó también.

Bob no hacía más que preguntarse dónde andaría Paddy. Sacó un silbato del bolsillo y dió tres silbidos penetrantes.

—No te molestes, muchacho, porque nadie te oye —gruñó Carlos poniéndose en pie—. Vale más que te rindas.

—Antes de rendirme venid y cogedme —exclamó Bob parapetándose detrás de una butaca.

Atacáronle uno por cada lado, y Bob, viéndose cogido, se metió debajo de la mesa y salió por el otro lado; pero al ponerse en pie tuvo la mala suerte de que los pies se le enredasen en la alfombra, que estaba arrugada, y cayó pesadamente. Antes de que pudiera levantarse los dos hombres se apoderaron de él.

Pero ni aun entonces se entregó, pues resistióse como un león dando golpes donde podía. Tan enardecidos estaban en la lucha, que ninguno de ellos vió que se levantaba parte del suelo como si fuese una trampa. Por allí apareció Paddy O'Darrell, y detrás de él Trailer el sabueso.

Este, sin esperar órdenes, al ver a su amo en peligro, saltó encima de los que le agredían.

—¡Sujétalos, Trailer! —gritó Paddy—. ¡Y vosotros, muchachos, estáos quietos si no queréis que el perro os deshaga!

Ambos se levantaron y permanecieron quietos, con miedo a moverse por causa de Trailer.

—¡Que Dios os confunda! —gritó Carlos—. ¿Cómo os atrevéis a entrar así en una casa ajena?

—Porque soy detective y vengo a arrestaros por haber hecho volar la casa del profesor Bentley —respondió Paddy ayudando a Bob a ponerse en pie.

—¡Bah! ¿Y dónde tienes las pruebas? —preguntó Carlos con sonrisa irónica.

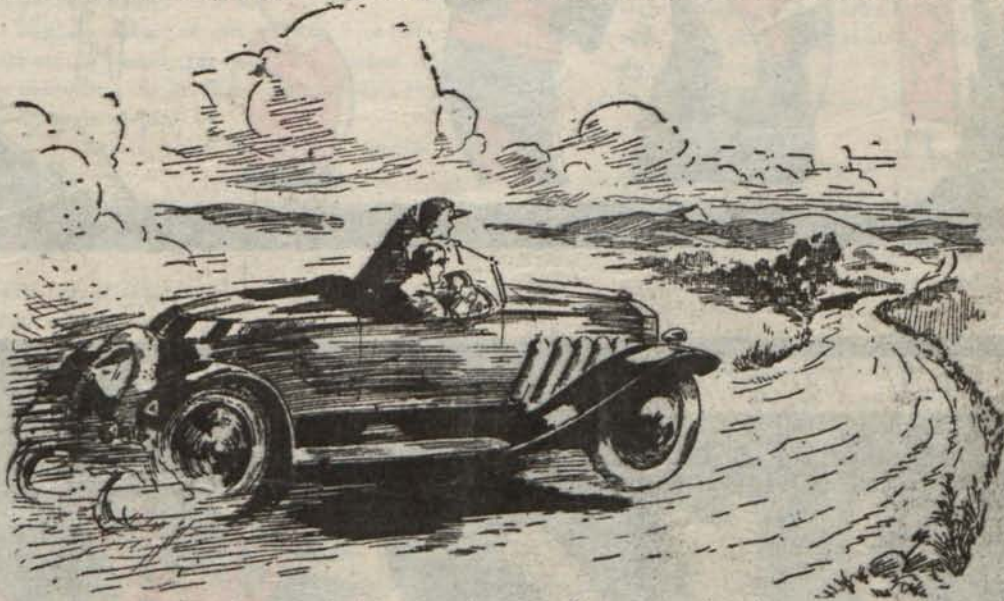
—Las pruebas vienen aquí ahora —repuso Paddy señalando a la puerta, por la que apareció un señor viejo de barba blanca, que era el profesor Bentley. Este miró a los dos prisioneros y dió un grito de alegría abalanzándose sobre la mesa, donde estaban todos sus papeles y frascos.

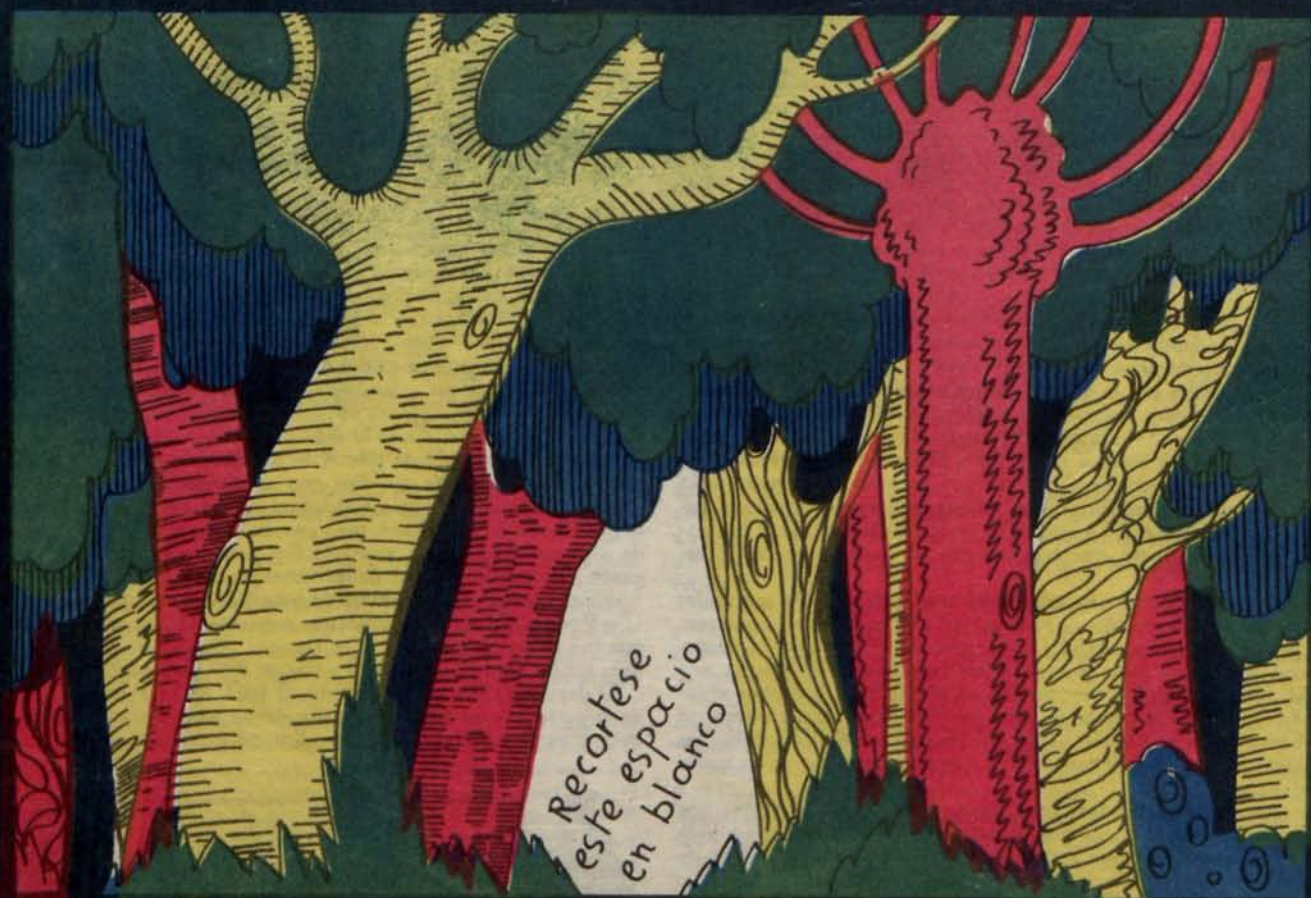
—Quisisteis apoderaros del descubrimiento químico del profesor —continuó Paddy dirigiéndose a los dos malhechores—, y para llevar a cabo vuestros planes lo habéis secuestrado, llevándoos sus papeles y volando después la casa para hacer creer que el profesor había perecido dentro de ella. Y lo hubierais logrado a no ser por el olor del compuesto químico que empleásteis para volar la casa, y que ha sido lo que os delató. Por el olor sospeché que el profesor había salido de la casa, bien por su voluntad o bien prisionero de alguien. Ahora sois vosotros los prisioneros, y voy a tener el gusto y a cumplir con mi deber entregándoos a la policía.

—Pero ¿cómo se arregló usted para llegar tan a tiempo, jefe?

—Porque al entrar en el sótano encontré allí al profesor atado, que fué quien me condujo a la trampa. Ahora, como veo que también tenéis aquí teléfono, voy a llamar a la Jefatura de Policía.

El descubrimiento proporcionó al profesor una buena cantidad de dinero, por lo que la pérdida de su casa no le importó gran cosa, y su gratitud para Paddy y Bob no tuvo límites.





EL TEATRO DE PINOCHO

LA CASA DE TURRÓN

CUENTO ESCENIFICADO EN TRES ACTOS

ACTO PRIMERO

La escena representa un bosque de árboles altísimos, un verdadero bosque de cuento. Luz de tarde, que irá cayendo durante el acto, como se indicará.

Al levantarse el telón, el padre y la madrastra en escena.

LA MADRASTRA. Anda, anda, Julián, no te entretengas.

EL PADRE. Es que...

LA MAD. Es inútil que vuelvas a mirar. Ya estamos muy lejos.

PADRE. Quisiera verla, por última vez.

LA MAD. Se nos hará de noche si no apresuramos el paso. ¡Anda! ¡A prisa!

PADRE. Está mal lo que hemos hecho, Marta María. Está mal.

LA MAD. ¡No te callarás, no! Cuando se hace lo que se debe hacer, ¿sabes?, pues no está ni bien ni mal hecho.

PADRE. Digas lo que digas, está mal hecho.

LA MAD. ¡Y dale! ¿Qué íbamos a hacer con tu hija, exponiéndola a morirse de hambre con nosotros? ¿Tú crees que con el jornal que ganas podemos vivir tres?

PADRE. Es que yo buscaré trabajo en otro sitio, si hace falta...

LA MAD. ¡Bueno está eso de buscar trabajo! Y dos, menos mal que se puedan defender... Sería un crimen exponer a la niña a los azares de nuestra vida.

PADRE. ¡Más crimen es dejarla, como la dejamos, perdida en el bosque!

LA MAD. ¡Algo había que hacer! Sobre todo, no te pongas así. Dios cuidará de ella, que no deja morir a los pobres pájaros del aire...

PADRE. Dime, Marta María, si fuera hija tuya..., ¿la dejarías también perdida en el bosque?

LA MAD. ¡Eso no tiene que ver ahora! Compréndelo; no ha sido por un capricho por lo que te he dicho que la dejáramos en el bosque. Es necesario. Es mejor para nosotros y para ella. Seguramente encontrará alguien que la pueda atender mejor que nosotros... (Anochece.)

PADRE. (Resuelto.) Yo no me voy, Marta María. Yo vuelvo al bosque, a buscar a mi hija... ¡Se me parte el corazón si la dejo expuesta a tantos peligros...!

LA MAD. ¿Estás loco? Va anocheciendo, no verías la senda ni traes un farol. Llegarías a extraviarte y sería peor.

PADRE. ¡No debo dejarla! ¡No debo dejarla...!

LA MAD. Mañana volveremos por ella. Ahora, es inútil; no la encontrarás... A lo mejor, ella está en casa, no creas. Como tiene mejores piernas que nosotros, ya estará allí si ha encontrado el camino.

PADRE. ¡Si la hemos dejado dormida!

LA MAD. ¡Como ya hace un rato...! Anda, no te atormentes. Mañana volveremos, te digo. Es ya casi de noche y aún nos falta un rato hasta el pueblo. Anda, anda. No te apures. Dios no la abandonará...

PADRE. Pero nosotros la hemos abandonado...

LA MAD. Por su bien, no lo dudes... Anda, vamos. Es tarde... Le temo al relente de estas noches de otoño... ¡Vamos! ¡No estés ahí como un tonto...!

PADRE. ¡Si al menos me llamara...! ¡Si al menos oyese su voz...!

LA MAD. ¿Qué hombre! ¡No tienes decisión! ¿Vienes o te quedas, de una vez? Yo me voy a casa... ¿Qué haces?

PADRE. (Tristemente.) Me voy contigo...

LA MAD. Pues entonces, vamos. Si te dejara pasaríamos aquí la noche sin decidírnos. Anda, ve tú delante. Estoy segura de que te arrepentirás todavía unas cuantas veces en el camino.

Se van. El bosque se ha vuelto negro. A poco comienza a oírse, muy lejana, la voz de Lolín, que luego se va acercando, hasta que Lolín llega a escena.

LOLÍN. ¡Papá...! ¡Papá! ¡Papá...! ¡Papá!

Aparece Lolín, cuando su voz ya se ha oído bastante cerca. Es una niña de nueve años, muy mona, y revela, en el temblor de su voz, un miedo terrible a quedarse sola.

LOLÍN. ¡Papá! ¡Papá...! ¡Se han ido! ¡Y no sé el camino para volver a casa! Se echa a llorar. ¡Me he perdido en el bosque! Cada vez me parece que debo estar más lejos del pueblo... ¿Será porque se está haciendo de noche?... El bosque está cada vez más oscuro... ¡Ay, Dios mío, que no se haga de noche del todo! ¡Me da miedo estar sola...! ¡Papá! ¡Papá...! Debe hacer muchas horas que estoy perdida. No sé cuanto tiempo. He salido esta tarde con papá y la madrastra..., ¿por qué no me querrá a mí la madrastra?... Y me he dormido, después de correr mucho rato, jugando entre los árboles... Cuando me he despertado, ya no estaban. He llamado, he gritado, y no me oían... ¿Dónde habrán ido? Quizá es que yo, por buscarlos, me he alejado de ellos, y papá me está buscando por otro lado... No se ve ya nada... ¡Qué miedo de que se haga de noche!... Parece como si el viento me quisiera asustar. ¡Y esos árboles tan grandotes! Cuando hace aire, se mueven como si quisieran cogerme... ¡Ay, qué miedo, qué miedo!...

En efecto, hace la ilusión de que las ramas de los árboles se mueven como brazos.

¡No me asustéis, arbolitos...! ¡Voy a ser buenal...! ¡Papá! ¡Papá...! ¿Y mi Pinocho? ¿Dónde he dejado mi Pinocho? ¡He perdido también mi muñeco de maderal...! Estoy segura de que si lo tuviera ahora conmigo no tendría tanto miedo... ¡No tendría miedo de nada! Ni de la noche, ni de los árboles, ni del viento... ni de... *Se oyen a lo lejos los aullidos de los lobos, ¿los lobos? ¿Son los lobos del bosque?... ¡ay! ¡Pinocho! ¡Mi Pinocho!... ¡Ven! ¿Dónde te has metido?... ¡Ven, que tengo mucho miedo!*

Aparece Pinocho en escena.

PINOCH. ¡Aquí estoy, Lolín!

LOLÍN. (Muy asombrada.) ¿Tú? ¿Eres tú, Pinochito mío?

PINOCH. Yo soy. ¿No me llamabas? ¡Pues aquí me tienes!

LOLÍN. Sí, es verdad, te llamaba...

PINOCH. ¿Tenías miedo?

LOLÍN. No... nada de miedo...

PINOCH. ¡Ah, entonces, me voy! ¡Yo creí que me llamabas porque tenías miedo!

LOLÍN. Sí... bueno..., la verdad es que sí tenía un poquitín de miedo...

PINOCH. ¿Un poquitín, nada más?

LOLÍN. Bueno, mucho miedo... Te llamaba, pero no creí que ibas a venir. Te llamaba, para consolarme a mí misma, y para darme ánimos... Me he perdido, ¿sabes? Me he perdido de con mi papá y tenía miedo...

PINOCH. Pues aquí estoy para que no vuelvas a tener miedo.

LOLÍN. Pero, ¿cómo es que andas, y te mueves y hablas? Yo creí que eras un muñeco de madera, nada más. Desde que te trajeron a casa los Reyes Magos no habías dicho una palabra...

PINOCH. Para jugar, soy un muñeco de madera. Para jugar, es mejor que sea así; para que me podáis tirar por el aire y hacer todo lo que os divierta. Pero cuando alguno de mis amiguitos corre algún peligro, yo acudo siempre; yo soy de madera viva y tengo un nudo de fibra por corazón.

LOLÍN. ¡Qué bueno, qué requetebueno eres, Pinocho! ¡Si vieras de verdad, qué miedo tenía!... He visto moverse a los árboles, como si me quisieran coger...

PINOCH. No tengas miedo nunca a los árboles. ¡Son muy buenos los árboles! ¡Buenas noches, señores árboles, queridos árboles, queridos tíos!...

LOLÍN. ¿Les llamas tíos a los árboles?

(Continuará en el número próximo.)

HISTORIAS DE ANIMALES

LIRON

Al principio se dormía en el cine, que es un sitio muy oscuro y muy bueno para dormir, porque hay hasta música y una butaca blanda.

Pero luego a aquel lironcito, llamado Antonio, se le fué agravando la enfermedad del sueño, que no parecía tan grave cuando sólo eran unas décimas, unas décimas de sueño, claro está.

Pasó por esa época, que el que más y el que menos ha pasado, de tener una poca pereza para salir de la cama. Al principio, se arreglaba todo con zarandearle un poco o quitarle la sábana y gritar:

—Levántate, Antoñito, que tienes que ir al colegio.

Pero pronto iban siendo inútiles estos sencillos procedimientos. Hubo que apelar a tirarle de una pata y sacarle fuera, a cantarle el pasodoble de *La Bejarana* muchas veces seguidas a toda voz, a golpear dos tapaderas junto a sus oídos y otros procedimientos de parecido estrépito.

Pero Antoñito, nada. Duerme que te duermes.

Y si, por fin, conseguían que se levantara y fuese al colegio, se dormía en el colegio, se dormía en el tranvía al ir o al volver, ¡se dormía de pie, se dormía andando, se dormía subiendo las escaleras!...

Una vez se durmió en el aire al dar un salto.

Era un sueño que le daba de pronto y que costaba mucho trabajo sacárselo de dentro.

Se dormía bañándose en el mar; se dormía jugando al fútbol; se dormía comiendo salchichón; se dormía abrochándose los botones de las botas; se dormía limpiándose los dientes; se dormía patinando; se dormía bailando la jota... ¡Con decir que se dormía leyendo PINOCHO, no hay que decir que se dormía hasta en las cosas más divertidas, más interesantes y más movidas!

Y una vez dormido, ¡cualquiera le podía despertar!

Las voces ya no le hacían el menor efecto; los ruidos, por muy grandes que fueran (un día sus papás alquilaron un negro para que tocara el *jazz-band* junto a la cama del dormilón de Antoñito durante todo el día), no le producían la menor inquietud. Bueno, hasta el punto de que le podían tirar piedras, le podían quemar las narices, le podían echar jarros de agua sin que siquiera se cambiase de postura. No se ha visto dormilón semejante. ¡Si sería, que, una vez, por broma, le pintaron bigotes con corcho quemado, y, como no se despertó, le duraron los bigotes toda la vida, o, por lo menos, hasta que le salieron bigotes de verdad y le taparon los falsos bigotes de corcho quemado! Su familia estaba preocupadísima, porque aquello era ya insostenible. ¡Hay que ver lo que es un individuo así en aquella casa!

¿Le habrá picado alguna de esas moscas del sueño, esas moscas que llevan sueño líquido en el aguijón, sueño que se mete por las venas y va adormeciendo con suavidad de cuna?

Pero no le había picado ninguna mosca a Antoñito. Su sueño era sueño de dentro, sueño que le crecía como crecen las uñas y crece el pelo.

—¿Y es grave eso? —preguntaba la familia a los médicos que iban llegando a visitar aquella enfermedad tan grave.

Los médicos callaban, bajaban las cejas hasta tapar casi los cristales de los lentes y, después de pensar mucho, decían:

—¿Han probado ustedes a sonarle dos duros en el oído?

(La familia le había sonado, no ya dos duros, sino hasta dos mil pesetas en billetes de Banco.)

—¿Han probado ustedes a darle voces?

(La familia le había dado, no ya voces, sino altavoces de radiotelefonía para que lo despertaran con sus estrépitos de carraca.)

—¿Han probado ustedes a echarle agua?

(La familia le había echado, no ya agua, sino hasta vino, aguardiente, horchata y chocolate a la española.)

—¿Han probado ustedes a tirarlo de la cama?

(La familia le había tirado, no ya de la cama, sino que hasta un día lo echó por el balcón a la calle, a ver si con el golpe se desperezaba.)

De modo que los médicos, con sus recursos de siempre, no podían despertar a Antonio, que dormía como un lirón, como lo que era.

Lo único útil que se hizo con el sueño de Antoñito lo hizo un ingeniero, y fué aprovechar la fuerza de su ronquidos para

mover una fábrica de alpargatas.

Y ni siquiera la causa se descubría. A los médicos, en cuanto se les saca del catarro o de la indigestión...

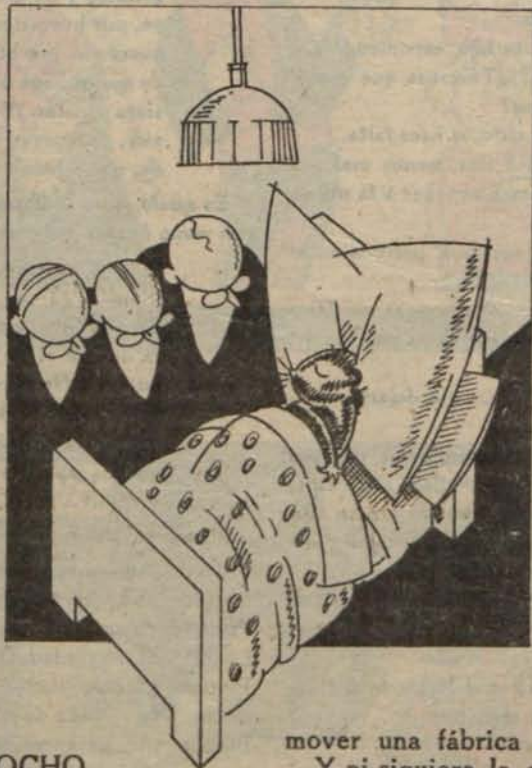
¿Será la encefalitis? ¿Será que le han acunado mucho de pequeño y le ha quedado el balanceo por dentro? ¿Será que le han cantado demasiado la nana y se le ha pegado a los oídos para siempre y lo tiene adormilado? Por fin, encontró la familia un médico alemán, un zorro de la Selva Negra, que se había especializado en el sueño por haberse casado con una marmota.

Este médico dió con la clave, dándole la vuelta a los otros tratamientos.

—¿Este lirón, qué tiene? ¿Mucho sueño? Pues nada de quererle despertar. Es como si uno tiene hambre y le quieren dejar sin comer para curarlo. Hay que curar por la hartura, por la saciedad. ¡Venga sueño! ¡Venga opio y adormideras! Que tenga tanto sueño, tanto sueño que dormir, que acabe por hartarse para toda la vida.

Efectivamente, metiéndole más sueño en el cuerpo, en gotas, en inyecciones, en inhalaciones, durmió de una vez todo lo que tenía que dormir, hundido en el fondo del sueño, y un día, por fin, se despertó. No se ha visto después lirón más despierto en el mundo.

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.



ME PARECE, CA-
NAMÓN, QUE NOS VA-
MOS A TENER QUE
VOLVER A PIE A CA-
SA. ¡CON LO LEJOS
QUE ESTÁ!

A MI NO ME IM-
PORTA ANDAR
SI ME LLEVAS
TU EN BRAZOS.

POTIPÁN Y CAÑAMÓN

OYE, POTIPÁN, MI CHÓFER ES-
TÁ EN LA CAMA CON SARAMPIÓN
Y NO PUEDE GUIAR EL AUTO. TE
DOY UN DURO SI VAS CON EL CO-
CHE AL CAMPO DE FÚTBOL A BUS-
CAR A MI TIO GENARO, QUE YA DE-
BE DE ESTAR
CANSADO
DE JUGAR.

¡CLARO
QUE SÍ!

¿ME DA US-
TED UNA PE-
SETA A MI
SI LE ACOM-
PAÑO?

¡DEMONIO, QUE BRINCOS PEGA
EL AUTO! ¡Y QUE NO HAY BACHES!
¡YA SE ME HA SALTADO
OTRO BOTÓN DEL CHALE-
CO! ¡DA GUSTO IR POR UNA
CARRETERI-
TA ASÍ!

A MI NO ME IMPORTA ESO, HER-
MANO, PORQUE VOY A
SUICIDARME EN CUAN-
TO TOMEMOS AQUE-
LLA CURVA.

¡¿CÓMO?!

ESTE MUNDO NO
TIENE ATRACTIVOS
PARA MÍ. POR ESO HE DE-
CIDIDO HACER ESTALLAR
ESTA BOMBITA, QUE ACA-
BARÁ CON MIS PENAS.

¡VÁMONOS, CA-
NAMÓN, QUE ES-
TE TIO ESTÁ
LOCO!

YO NO HE OÍDO NINGUNA EX-
PLOSIÓN. ¿POR QUÉ NO VOLVE-
MOS A VER QUÉ HAY
SADO? ¡A LO MEJOR
HA DECIDIDO NO
SUICIDARSE!

¡YA HEMOS CO-
RRIDO MÁS DE CIN-
CO KILOMETROS!
¿TE PARECE POCO
TODAVÍA?

¡OYE, MIRA LA BOMBI-
TILLA QUE NO ESTÁ
ES EL AUTO!

¡HA
"VOLADO"!

¡A CORRER, CAÑAMÓN,
QUE TENEMOS QUE
VOLVER EN EL TRANVÍA!

¡EH, PARA, QUE
VAMOS A
LA CIUDAD!

YO TAMBIÉN,
PERO ME
PARECE QUE
VOY A LLE-
GAR ANTES
QUE VO-
SOTROS.

¡LO VES, PELMA-
ZO! ¡SI HUBIERAS
CORRIDO UN PO-
CO MÁS, HUBIE-
SEMOS PODIDO
COGER ESE
TRANVÍA!

¡SÍ, CLARO! ¡Y
SI TÚ NO HUBIERAS
CORRIDO TANTO, NO
TENDRÍAMOS AHORA
QUE ESPERAR TANTO
TIEMPO A QUE VEN-
GA EL SIGUIENTE!

ME MOLESTA MUCHO TE-
NER QUE DECIR A DON
ROMUALDO QUE HEMOS
PERDIDO SU AUTO. PADE-
CE DEL HIGADO Y PUE-
DE ARREARNOS UN TRAS-
TAZO.

¡SÍ, DEBES DE-
CIRSELO DES-
PACITO Y DES-
DE LEJOS.

BUENOS DÍAS, DON RO-
MUALDO. HUBIERAMOS QUE-
RIDO VOLVER ANTES, PERO
SE NOS HA ESTROPEADO
EL COCHE.

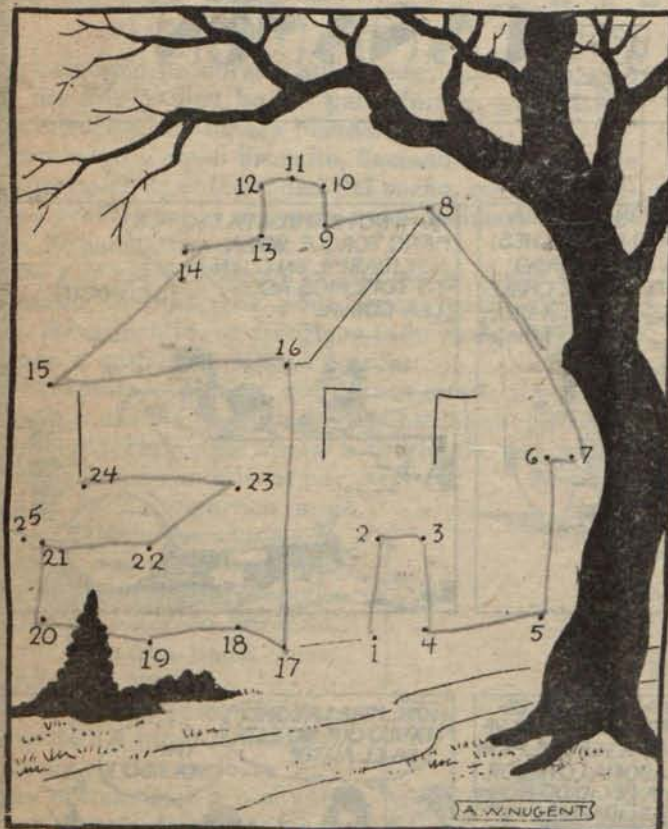
¿QUÉ, ALGÚN
PINCHACILLO?

¡CA, NO SEÑOR! HA
SALIDO CORRIENDO
EL SOLO Y NO LO
HEMOS VUELTO A VER!

CONCURSOS PERMANENTES

EL DE PROBLEMAS

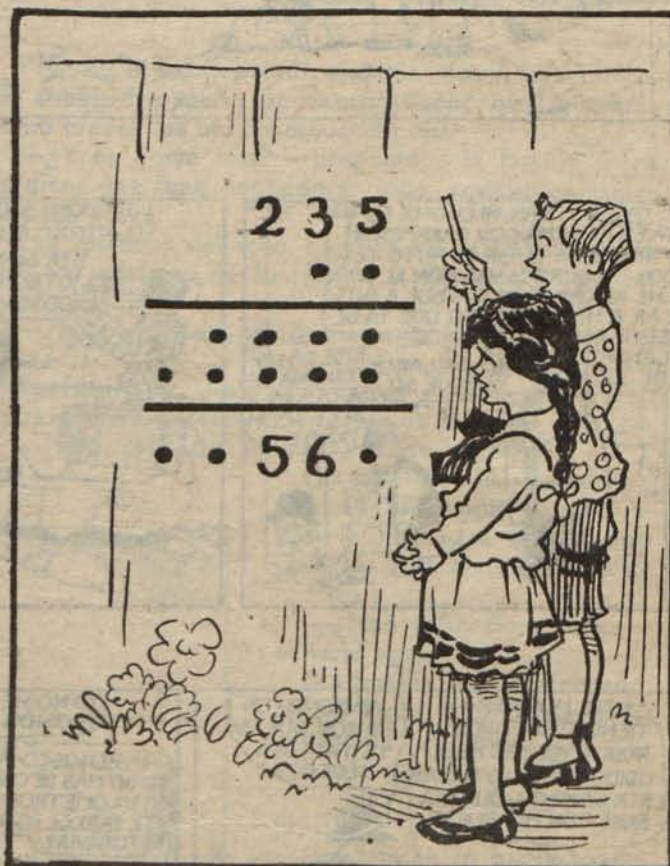
SEGUIR LOS PUNTOS



Empezando en el número 1 y siguiendo los demás puntos en orden correlativo, encontraréis lo que le falta al paisaje.

(Fuera de concurso.)

ROMPECABEZAS ARITMÉTICO

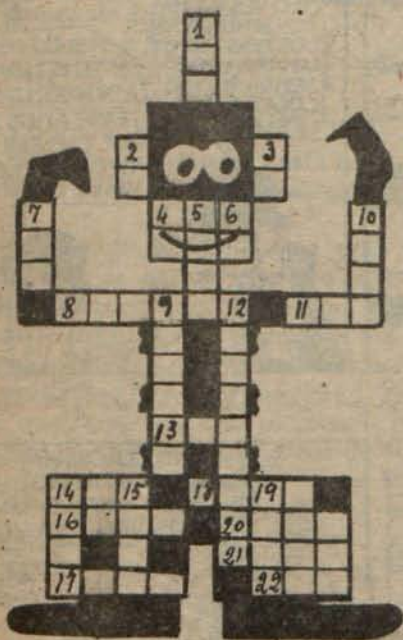


Juanito cogió la tiza y en una valla trazó una multiplicación. Llegó su hermanita, y como él no quería que su hermana se enterara de lo que había hecho, borró unas cuantas cifras. ¿Qué números son los que borró Juanito?

(Fuera de concurso.)

PROBLEMAS DE PALABRAS CRUZADAS

CURRINCHE



VERTICALES

1. Número.—2. Nota musical.—3. Artículo.—4. Afirmación.—5. Parte del cuerpo.—6. Pronombre.—7. Dos.—8. Criada.—10. Para pascar.—12. Romper.—14. Fruta.—15. Roedor.—19. Partes del tiempo.

HORIZONTALES

4. Parte de verbo.—8. Provincia de España.—11. Juguete de niños.—13. Corriente de agua.—14. Preposición.—16. Cierta número de años de una persona.—17. ¿Qué tienen las aves?—18. Parte del cuerpo.—20. Lo que respiramos.—21. Parte del árbol.—22. Infinitivo.

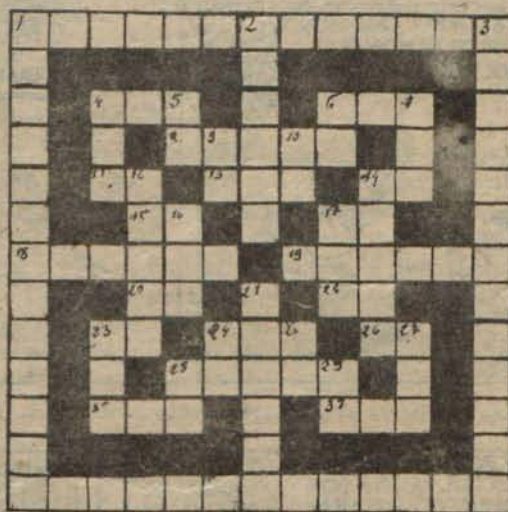
146. P. Sección B.

ENRIQUE JARQUE ROS.
Doce años. Ceuta.

EL CUADRO

HORIZONTALES

1. Falta de designio anticipado en favor o en contra de persona para juzgar con rectitud.—4. Especie de ánado.—6. Nombre de mujer.—8. Cuadrúpedo descendiente del caballo (pl.).—11. Pronombre personal.—13. Pariente.—14. Del verbo dar.—15. Iniciales de un servicio público.—17. Nombre de letra.—18. Primera palabra que fué pronunciada al descubrirse el Nuevo Mundo.—19. Capital Española.—20. Nota musical.—22. Negación.—23. Igual al anterior.—24. Astro rey.—26. Afirmación.—28. Río de Francia.—30. Onda.—31. Alabanza.—32. República americana.



VERTICALES

1. Dicese de un camino lleno de incomodidades.—2. Nación de Europa.—3. Andar en disputas o porfías.—4. Plantigrado.—5. Iniciales que determinan antes de mediodía.—6. Del verbo ser.—7. En las aves.—9. Nota musical.—10. Arrobas abreviadas.—12. Substancia que se adhiere a los dientes.—14. En la mano.—16. Socorro diario que se da a los soldados para su mantenimiento.—17. Animal doméstico.—21. Legislador y libertador del pueblo de Israel hacia 1320 años antes de J. C.—23. Nave.—24. Interjección para hacer parar los caballos.—25. Iniciales de una provincia argentina.—27. Del verbo ir.—28. Nota musical.—29. Contracción.

CARLOS J.

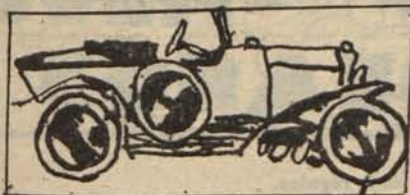
Once años. Buenos Aires.

147. P. Sección B.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :- HISTORIETAS :- CHISTES ILUSTRADOS :- CHISTES SIN ILUSTRAR :- CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

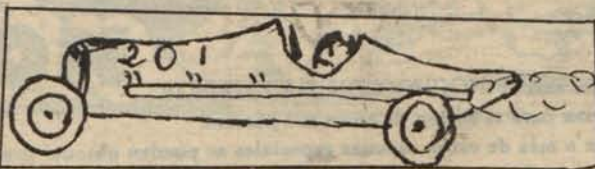
DIBUJOS



Mi «auto» citroen.

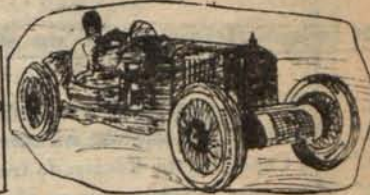
724. D. Sección A.

TOMÁS IBARRA.
Nueve años. Sevilla.



Un «Bugatti».

JORGE GRAU.
Siete años.



Mi auto de carreras corriendo en la pista de Méjico.

726. D. Sección B.

NICOLÁS RUEDA.
Diez años. Méjico.



Mi casa.

727. D. Sección A.

ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.



El perrito de Pinocho.
P. RUIZ.
Trece años.

728. D. Sección B.



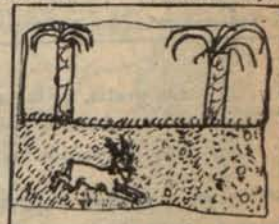
Siluetas.
JOSÉ M.ª AGUIRRE.
Trece años.

729. D. Sección B.



Una parada de Zamora.
JOSÉ GONZÁLEZ.
Catorce años.

730. D. Sección B.



Caza menor.
ADOLFO SÁNCHEZ.
Nueve años. Madrid.

731. D. Sección A.

CHISTES

¿Cuál es el colmo de un cerrajero?
Abrir Puerta Cerrada con una llave de las que echa Ochoa.

NARCISO.
Diez años.—Madrid.

61. CH. Sección B.

¿En qué se parece un barco a un tragón?
En que el barco atraca y el tragón se atraca.

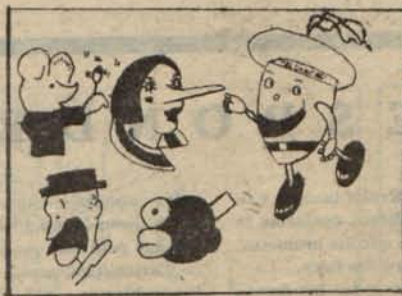
ALVARO GARCÍA DE PRUNEDA.
Ocho años.—Guadalupe.

62. CH. Sección A.

¿El colmo de un bueyero?
Enganchar (la calle) Carretas, cargar (la de) Arenal y verter en una de las obras de teatro.

RAMONA EGIDO.
Trece años.—Madrid.

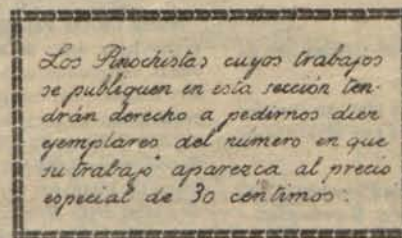
63. CH. Sección B.



Personajes de PINOCHO.

732. D. Sección B.

F. BASARILASO.
Diez años. Buenos Aires.



CHISTES

¿En qué se parece Pinocho a Lalanda?

En que son muy nombrados.
FRANCISCO GONZÁLEZ BLANCO.
Catorce años.

64. CH. Sección B.

¿Cuál es el oficio que más defensa tiene?

Pues el de cocinero, porque tiene una batería... de cocina.
ANTONIO VILDASOLA.
Trece años.—San Sebastián.

65. CH. Sección B.

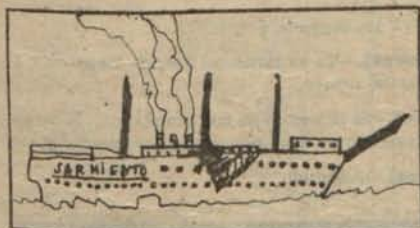
¿El de un vendedor de periódicos?

Vender la voz a un mudo por 10 céntimos.

¿El de un violinista?
Tocar con el arco de ladrillo de Valladolid.

RAMÓN SINOBAS.
Diez años.

66. CH. Sección B.



Fragata del Presidente «Sarmiento».

733. D. Sección B.

MANOLO ROBLES.
Once años. Madrid.



Casa de campo.

734. D. Sección B.

JULIÁN TÁRRAGA.
Doce años. Madrid.



Casa de labor.

735. D. Sección B.

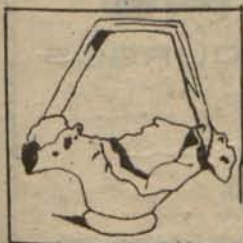
JOSÉ LUIS HERRERO.
Trece años. Santander.



El Niño de la Palma.

736. D. Sección B.

A. MORENO.
Quince años. Valencia.



Florero.
SILVINO MANPOCY.
Doce años. El Pardo.

737. D. Sección B.



Mi toldo en la playa.
H. VALLERJO.
Once años. Zumaya.

738. D. Sección B.



Pinocho, la alegría de los niños.
MARIO CELSO.
Ocho años. Buenos Aires.

739. D. Sección A.



Un castillo feudal.
JOSÉ M.ª AGUIRRE.
Trece años.

740. D. Sección B.



Corriendo una pelota.
JOAQUÍN ZUGASTI.
Doce años. B. Aires.

741. D. Sección B.



Cabeza de caballo.
RODRIGO POMAR.
Diez años. Cádiz.

742. D. Sección B.

Para encuadernar los números de PINOCHO estamos preparando preciosas tapas para que los Pinochistas puedan conservar encuadernada la colección de PINOCHO. Pronto daremos más detalles.

Regalos a los suscritores.

Todo Pinochista que se suscriba tiene derecho a pedir, al hacer su suscripción (tiene que ser en ese momento), los regalos siguientes:

Si la suscripción es por un año

- 1.º Dos tomos **gratis** de la magnífica serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Un lote de **cincuenta números** para el sorteo de cinco mil pesetas.
- 3.º Un Cupón-regalo. Reuniendo tres o más de estos cupones especiales se pueden obtener preciosos regalos.
- 4.º Tres vales, valederos por un año, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 30 por 100.

Si la suscripción es por un semestre

- 1.º Un tomo, gratis, de la serie PINOCHO CONTRA CHAPETE.
- 2.º Tres vales, valederos por seis meses, para hacer tres pedidos de libros a la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A., sin limitación de cantidad y con una rebaja del 25 por 100.

Estos regalos pueden recogerse, **completamente gratis**, en la Administración de PINOCHO, calle de Valencia, 28, Madrid. Quien desee recibirlos en su casa debe enviar 1,50 pesetas para gastos de embalaje, envío y franqueo certificado.

Además, todos los suscritores, tanto de año como de semestre, tienen otras muchas ventajas constantes, tales como facilidades para la colaboración infantil, números para los sorteos de regalos y otros interesantes privilegios.

CORRESPONDENCIA

Ana Jaime Sarmiento (Bogotá).—Mi buena Pinochista: Recibí tu carta y tu magnífico cuento. No tendré que decirte que éste se publicará conforme le llegue su turno. Mientras tanto, espero los otros trabajos que me prometes, los cuales serán tan buenos, a no dudar, como el que hoy recibo tuyo.

Pirula, Currinche, Don Turulato, Potipán y Cañamón, y todos los demás amigos te felicitan efusivamente. Yo agrego mi enhorabuena a la de mis compañeros.

Antonio Sánchez López (Madrid).—Contra mis deseos, me veo imposibilitado a publicar tus dibujos. Vienen sin cupón, lo cual, como sabes, es una falta que no puedo dejar pasar, si quiero ser el mismo con todos.

Envíame nuevas cosas con sus cupones correspondientes.

Pedro Domínguez Vázquez (Sevilla).—¡Tinta negra! ¡Qué lástima que no puedan salir estos dibujos tuyos, tan magníficos!

V. Tacón. (Madrid).—Mi buen amigo: Tu Currinche está bien, en el mejor estado. Pero... ¿y el cupón? Más que nunca lamento hoy día este olvido tuyo, que me obliga a dejar sin publicación tu magnífica obra.

Esperanza y Víctor Fernández. (Gijón).—Mi queridísimos Pinochistas: He recibido vuestra estupenda carta —¡qué magnífica letra tiene Esperancita!— y he quedado encantado con vuestra buena voluntad y con el interés, tan visible, que tomáis por mis cosas. Sin embargo, estáis en un error lamentable. ¡Y cómo lo siento! ¡Cuánto lo siento! No se trata, mis mejores amigos, de antiguas suscripciones. Las que conseguisteis hace tiempo, yo las agradezco muchísimo; pero no dan opción a lo establecido últimamente. Es preciso para ello hacer nuevas suscripciones, cosa que no es nada difícil, porque después de la última reforma, Pinocho ha logrado un aspecto tan atractivo, que basta presentarlo a un amiguito para que éste, si no estaba suscrito, se suscriba. Así me lo ha hecho creer la infinidad de cartas entusiastas que he recibido en esta última etapa. Espero que vosotros trabajaréis con calor. Yo, por mi parte, encantado. Ya sabéis que en todas estas cosas mi verdadero fin no es otro que beneficiar a los Pinochistas, a los buenos Pinochistas, como vosotros, por ejemplo.

Recibid el cariño de todos mis compañeros, y el mío.

Amalia Masés. (Madrid).—Queridísima Amalia: En mi poder tu carta, el diálogo y el cuento. Todo ello es de mi gusto: la carta, por su simpatía; el diálogo, por su gracia; el cuento, por su bondad e interés. Todo, todo me gusta. Dá a leer tus líneas a mi buena amiguita Pirula, quien quedó encantada con tu petición. A la mayor brevedad posible —¡si vieras las cosas que tiene que hacer al día!— se ocupará de hacer los pañitos. Ya verás qué cosa tan bonita, tan deliciosa, hace Pirula. Creo que quedarás satisfecha.

Recibe afectuosos recuerdos de Colorín y su pandilla, de Paco Morronguís, Currinche y don Turulato, y un saludo cariñosísimo de Potipán y Cañamón, y de Anita Buen Corazón. De Pirula, 300 besos.

Antonio Garrido. (Valladolid). Uno de tus dibujos —el mejor— aparecerá en PINOCHO. Los otros, no. Como no me envías más que un cupón, me veo obligado a apartarlos. Tú comprenderás, querido Antonio, que a ello me obliga la costumbre, que es ley establecida.

Benito Sanjuán López. (Barcelona).—¡Tinta negra!

Isabel F. Asenjo. (Madrid).—¡Qué bonito tu perrito, Isabel! ¡Qué bonito! ¿Pero por qué no lo has hecho con tinta? Como a tu compañero Benito (mira lo que indico a tu antecesor), como a todos, te digo a ti: ¡Tinta negra!

Leonor Velasco. (Ceuta).—Mi queridísima Leonor: He recibido tus trabajos

y los cupones —éstos con un día de retraso—. Todo cuanto me has remitido me ha gustado muchísimo. Es una muestra de tu talento. Ahora que me tienes que perdonar que no publique tu problema. Está bien, es muy geométrico y aritmético, pero... no puede salir, precisamente por eso. Ya he dicho que los problemas —mejor llamados pasatiempos— deben ser más sencillos, más entretenidos, en el sentido de agradables. Tú, Leonor, que eres una niña muy lista, muy inteligente, lo comprenderás.

Pirula me encarga sus recuerdos para ti.

José María Casado Tranesi. (Valladolid).—Como a Isabel F. Asenjo, como a Benito Sanjuán: ¡Tinta negra!

María García Fernández. (Bilbao).—Me preguntas si no pensamos Pirula y yo viajar, salir de Madrid, ver mundo, visitar Bilbao. Te diré: Pensamos viajar, ver mundo, salir de Madrid. Pero ahora, amiga María, no podemos. El otro día, sólo por compromiso, tuve que ir a Constantinopla. Fue un viaje de pocas horas, en aeroplano, para un asunto de importancia. Regresé en el mismo día. Pirula —¡la pobre!— quedó en Madrid. Y es que no tiene tiempo, no dispone ni de una hora para comer. Ahora estamos adiestrando a Currinche y don Turulato, por ver si pueden quedarse unos quince días encargados de la dirección de la Revista. Durante esos quince días nosotros, Pirula y yo, en compañía de Paco Morronguís, daríamos una vueltecita al mundo. Y entonces pasaríamos por tu casa.

Juan Pedralvez. (Madrid).—Y los cupones:

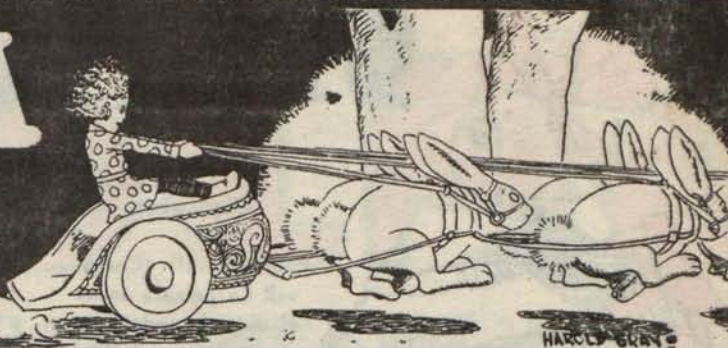
Antonio Domínguez. (Barcelona).—Ya es tarde, mi querido amigo. Ya es tarde. Cerróse el plazo hace mucho tiempo.

Pedro Bermúdez. (Valladolid).—Si tu cuento no fuera tan largo... Si no pasara de las líneas y letras reglamentarias, lo publicaríamos con mucho gusto.

Benito Rodríguez. (Barcelona).—Admitido.

PINOCHO	
CUPÓN DE CONCURSOS	
DEL NUM. 51	El Pinochista D.
de años, y cuyas señas son	
remite un trabajo para el Concurso de (1).	
Fecha (Si es suscriptor, poner el número)	
(1) Indicar el que sea. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Póñese en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concurso PINOCHO. Apartado 447. — Madrid.	

ANITA BUEN- CORAZON



HAROLD GARY





Sección Pirula

Disfraces.

¡Carnavall ¡Carnaval! La palabra suena al oído de todos con alegre tintineo de cascabeles. ¡A divertirse tocan! ¡A disfrazarse también!

Pero esto del disfraz constituye un grave problema. «¿Habrá que gastar mucho dinero en los trajes de los niños?» —se pregunta papá—. «¿De dónde saco yo ideas «nuevas» de disfraces?» —se pregunta mamá—. A resolver el problemita he venido yo hoy. Primero: lo que importa en un disfraz infantil no es el lujo, sino la originalidad. Segundo: la

originalidad del disfraz no necesita residir precisamente en su «idea», sino en su «realización».

Es decir: la originalidad no basta; debe ir acompañada de gracia y buen gusto. Un niño vestido de paraguas estaría original, pero horrible. Con ideas viejas y manidas se pueden realizar disfraces nuevos y originales; hay muchas maneras de interpretar un traje de flor para una niña, o de bicho para un niño, o para unos y otros de héroe de cuento infantil: el Gato con botas, Capercucita, Barba



Azul..., ¡Pinocho! Y ahora vamos a poner en práctica estas pequeñas teorías.

La borla de polvos.

He aquí un admirable modelo de disfraz original, novísimo, que ha de «dar el golpe» donde quiera que se presente.

La falda puede ser de tiras de «marabú» —aunque para más perfecta imitación y mayor economía convendrá hacerla de plumas de cisne—, cosidas sobre un armazón de «linón».

Los colores del cuerpo, el gorro y el lazo que sirve de mangas pueden variarse a voluntad, cuidando siempre que armonicen entre sí. El anillo de la cabeza será una simple pulsera de celuloide blanco.

Una nena estará



monísima si se deja un bucecillo o un flequillito de pelo fuera del gorro y cayendo sobre la frente.

Muñeca.

Por razones fáciles de comprender, yo, Pirula, siento por este disfraz especial y enternecida predilección.

Su encanto —que es muy grande— reside en las dimensiones exageradas de la peluca de lana, en la brevedad de la faldita de «organdi» plisado —amarillo o encarnado para una morenucha; rosa o verde para una rubia— y en la caracterización de la cara, con sus dos redondeles rojos pintados en las mejillas.

Pero la gracia de este disfraz —y la de todos— reside principalmente, mis queridos amiguitos, en... la vuestra propia y en la alegría que al lucirlos resplandece en vosotros.

Clavel.

Otra interpretación de flor, no menos original y graciosa que la anterior.

Para no perder tiempo en ribetear con cinta rosa o encarnada los pétalos de seda blanca, se pueden pintar con anilina sus recortadas orillas.

Las mangas, de seda verde sobre tesa armazón de alambre o de «linón», pueden ser fingidas, y de ellas surgen entonces cómicamente los bracitos desnudos.

El gorro de seda verde que forma el cáliz habrá de ser igual por detrás que por delante.



Margarita.

Cada pétalo blanco ha de hacerse, naturalmente, sobre una armadura de alambre, a la que nada más fácil que darle la forma correspondiente.

Sobre el gorro amarillo van prendidos unos madroños en los extremos de alambres de distintos tamaños.

Todo lo demás es de seda verde, algo fuerte —«glacé» o raso, por ejemplo—, y conviene que los guantes sean verdes también.

